

ISO
ADA



AS
ETAS

SIA



RC

Alonso Quirós

L. y A. SIEMENS

Ejemplar Núm. 88

POESIA

2-6
1

Integran este volumen: EL LINO DE LOS SUEÑOS.
LOS CAMINOS DISPERSOS. Y OTROS POEMAS INÉDITOS
O NO RECOGIDOS EN LIBRO.

10

POESIA

ALONSO QUESADA



TAGORO

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1964

PROLOGO: *Miguel de Unamuno*. EPILOGO:
Gabriel Miró. DIBUJOS: *Antonio Padrón*.

Edición de FERNANDO RAMIREZ
Y LAZARO SANTANA

Depósito Legal G. C., 798. - 1964

N.º Rgto. 5336-64



Rafael

Supremo atlántico de octubre
de 1922 —

(Plaza solitaria. Domingo
provinciano)

Alguna vez, el viejo dolor mio
vuelve, como el amigo de la infancia
que se hizo lejano, por los mares
y por la vida de la ciudad extraña...

Vuelve y le digo: ; Oh, dolor amigo
yo vivo ya una vida apagada;
no tengo rumbo mas que para el pobre
pensamiento, arruinado de buscar esperanza.
Logré al fin, una paz silenciosa
a fuerzas de retornos del alma...

Autógrafo de Alonso Quesada.

NOTA PRELIMINAR

EL primer intento, frustrado, de la publicación de las OBRAS COMPLETAS de Rafael Romero (Alonso Quesada), surgió al año escaso de su muerte. Desde entonces, muchas voces autorizadas se han alzado de cuando en cuando pidiendo la realización de esta empresa. Pero la verdad es que nos encontramos en el XL aniversario de la muerte del poeta fundamental de la lírica canaria y Alonso Quesada es prácticamente desconocido para nuestra generación. Pues, sus libros, inéditos unos, agotados y no reimpresos desde hace muchos años los más, son difícilmente encontrables. TAGORO se ha propuesto rescatar del olvido una obra tan entrañablemente nuestra por su acento y tan universal por su calidad.

Hemos dividido esta edición de las OBRAS COMPLETAS de Alonso Quesada en dos tomos: el primero, que sale hoy a la luz, dedicado a la POESÍA y el segundo, en preparación, que recoge sus no menos estimables escritos en PROSA.

Nos ha guiado en la ordenación de este primer volumen un sentido de fidelidad a la palabra poética de Alonso Quesada. Por eso hemos excluido un tomito de versos satíricos titulado HIPOS que el poeta publicó tempranamente en 1907 bajo el seudónimo de Gil Arribato. Y cuya edición desestimó el propio Alonso.

EL LINO DE LOS SUEÑOS (1915) lo ofrecemos con la única variación de haber trasladado a un apéndice del mismo libro los capítulos *Versos de la primera mocedad* y *Los romances orales*. Ya que estos poemas fueron escritos con anterioridad

al resto del libro (1909) con el que evidentemente no forman un todo armónico. Sabemos, por otra parte, que el autor pensaba hacer de ellos un cuaderno titulado *La del alba sería*, proyecto que, como tantos otros suyos, no llegó a realizar.

Respecto a LOS CAMINOS DISPERSOS tenemos en cuenta la edición que hizo del libro el Gabinete Literario, fiel a la ordenación definitiva del autor. Sólo hemos añadido un poema (*Alguna vez el viejo dolor mío*) inexplicablemente ausente en dicha publicación. Un nuevo apéndice a este libro reúne nueve poemas que figuraban en el primer manuscrito de Alonso, siete de los cuales se publican ahora por primera vez.

Finalmente, bajo el título de OTROS POEMAS recopilamos los que el autor dispersó en revistas y periódicos de la época y uno inédito (*Fuerte es como la muerte*) germen de una nueva obra que su prematura muerte dejó en embrión.

Creemos haber situado en su sitio justo, como epílogo a este volumen, el proemio que Gabriel Miró escribió para aquel primer intento de Obras Completas, llorando aún el dolor de la muerte de Alonso. Y como prólogo el de Miguel de Unamuno a *El Lino de los sueños* con que prácticamente nació Rafael Romero a la poesía.

Al hacer realidad esta edición, TAGORO¹ ha cumplido uno de sus más añorados propósitos: actualizar la obra de Alonso Quesada que brindamos a su memoria en el XL aniversario de su muerte.

F. R. y L. S.

PROLOGO

ALONSO QUESADA

NO olvidaré tan aína mi viaje a las Islas Afortunadas, ni aquella estancia en Gran Canaria, ni mi correría, caballero, por sus barrancas centrales en compañía del taciturno Manuel Macías Casanova...

El pretexto para aquel viaje inolvidable, grabado ya en la roca de mi espíritu, fueron unos Juegos Florales a que me llamaron de... mantenedor. Y yo, que no creo en eficacia alguna de semejante fiesta, sino que es, más bien, una profanación de la pura y libre poesía, y que he acudido a ella casi siempre con el deliberado propósito de alterar su índole y aprovecharla para otros fines, fui a los Juegos Florales de Las Palmas a decir lo que bien me pareciera, y, sobre todo, a conocer aquello y los espíritus que allí, en aquel a-ísla-miento alientan y ansían. Y no parece que me desempeñé tan mal de mi cometido. Mas, sobre todo, traje afectos y dejé afectos allí, lo que bien vale un viaje.

Celebráronse los Juegos Florales, y entre los que en ellos tomaron parte, mientras yo rumiaba mi discurso una vez más,

adelantóse a recitar una poesía premiada un jovencito endeble y muy movedizo. Empezó, no a recitar, sino más bien a canturrear algo quejumbrosamente, moviéndose de un lado a otro: un romance octosílabo en que los versos pares, no ya asonantaban, sino consonantaban en ía. Aquello me resultó algo artificioso, debo confesarlo, y algo entre exótico y anacrónico; pero muy joco-floresco. La poesía era El zagal de gallardía, que figura en este libro entre los romances orales, y el joven autor que la canturreaba, Rafael Romero, o sea Alonso Quesada.

Después conocí más y traté a éste el tiempo que permanecí en Las Palmas, en especial en el delicioso rincón —y si no que lo diga Federico García Sanchiz— de aquella casa de Luis Milares, hogar de espíritus. Y aprendí a estimar más, mucho más, a Romero, y a apreciar mejor, mucho mejor, su poesía.

Allí, en la Gran Canaria, en aquella isla, conocí toda la fuerza de la voz a-isla-miento, y no fue Alonso Quesada quien menos me ayudó a que llegase a conocerla. Había que observar el encendido avispero de anhelos y de ensueños que se agitaban y zumbaban en el pecho de aquellos jóvenes: Romero, Néstor el pintor, el pobre Manolo Macías Casanova...

Al recordar a éste, al del hermoso Coloquio en las sombras de este libro, el cielo del alma se me ensombrece. Aquel muchacho taciturno, tenazmente taciturno, hermético, cerrado en sí, que parecía callar tanto para oír mejor alguna voz íntima de dentro de sí, y que cuando oía a otro parecía oírle con los ojos, con una mirada taladrante, aquel hijo tormentoso de la Gomera, me cobró un afecto, diré más bien, un apego, que, teniendo algo de ultrahumano, tenía también algo de canino. Aún no me lo explico y aún me pregunto qué hice yo para merecer aquella adhesión ardorosa y taciturna. Y aun cuando no tuviera en la vida otro cariño que aquel, creería que Dios no me ha olvidado. No se, digo, explicarme bien aquello.

Y ¡qué nido de tempestades morales era el corazón del po-

bre Casanova! ¡Qué relámpagos interrumpían de pronto sus silencios! Mas, por lo común, oía, oía, oía. Llegué a temblar de hablar ante él, porque me bebía las palabras, no sólo con los oídos, sino con los ojos. Nunca he comprendido mejor la santidad de la palabra y todo lo que la profanamos los rutineros sacerdotes de ella. Aquel hijo del silencio no me dejaba ni a sol ni a sombra. Empecé una excursión de unos días por el interior de la isla, por una de las abruptas calderas del gran rocal que ella debió ser, por barrancas y quebradas, y él, Casanova, mozo enclenque, quiso acompañarme y me acompañó. Debí de rendirle la cabalgata; pero cuando le preguntaba si se sentía fatigado, sonreíase, negándolo. Y allí, en aquellas áridas soledades, en las hondas barrancas negras, me hablaba de su isla, de su Gomera, a la que quería llevarme. Era el mozo trágico del islote soñando en el reino del Infinito.

Nunca olvidaré la despedida. Parecía salirse el alma por los ojos. Me hablaba de libertad, de desaislarse. Porque el taciturno, aunque poco, hablaba. Y me prometió venir acá, a estudiar a Salamanca, a estar junto a mí y a apacentar sus ojos de presa en este páramo en que ni se presiente al mar, él, el isloteño. Me le traje en el alma. Era para mí un misterio y una tremenda responsabilidad aquella alma joven y palpitante que quería confiarse a mí, entregarse a mis manos rudas y tal vez algo desdenosas. Soñé en él. Y me escribió cartas llenas de fuego escondido, de desdenes tremendos hacia la vulgaridad ambiente, de locas ansias de libertad, cartas en que decía todo lo que su silencio callaba. El estilo roto, tumultuoso, a las veces violento, luego conceptuoso.

Y he aquí que un día recibo una sacudida cruel, reflejo de la que él recibió. Manuel Macías Casanova murió de repente y violentamente, cuando menos se esperaba, y de un modo trágico. Tenía por costumbre ir tocando las cosas, dando golpecitos con la mano a los árboles, a los muros, como quien, aislado

entre los hombres, buscaba el contacto de las cosas, de la madre tierra. Al tocar a un poste sustentador de alambres eléctricos, la corriente le envolvió: abrazóse al poste, y allí murió sin poder decir nada, ni una palabra de despedida a sus amigos; él, el silencioso. Y cuando recibí la noticia fue como si otra corriente me envolviese, y me abracé, mentalmente, a su recuerdo, y me quedó grabada en el alma, a fuego, aquella su mirada silenciosa y escrutadora que bebía mis palabras. No era yo, a lo que parece, digno de que viviera y se gozase y llegase a plenitud y diera su obra quien tan por entero se me había entregado. ¿Qué misterio habrá en esto?

Y si aquella muerte me dejó tal traza, pensad la que dejaría en su amigo fraternal, en Rafael Romero. Yo, que he leído el Coloquio en las sombras, con la emoción de tales recuerdos, no sé lo que deciros de ese poema; pero a mí me pone delante al misterioso y tormentoso taciturno, hambriento de saber substancial, que me pedía lo que yo no sé si puedo dar.

¡Oh roto corazón, que eras más fuerte
que el corazón del Universo todo!...

Sí; todo corazón de hombre de verdad, lo es.

Era el alma una piedra que caía
al fondo del misterio en la laguna...

*Cuando le hablé de eso, de la sima del misterio a que caemos
sin cesar...*

¿No sabéis que el silencio de mi vida
me hizo merecedor al de la muerte?

Y, sobre todo,

¡No tuve amor de juventud!

¡Lo que dice esto!

*Leed las últimas palabras que el poeta, su hermano, pone
en boca del muerto.*

Mas dejemos ya en paz el silencio de Casanova.

Alonso Quesada ha tenido la fineza de dedicarme sus Poemas áridos. ¿Qué os diré de ellos? Que al leerlos recuerdo aquel apego de Casanova.

Aridos, sí, como las cumbres de Gran Canaria, como aquellas negras tierras calcinadas. ¡Tierras de fuego!

¡Los montes
eternamente secos, y el silencio
áspero y rudo de estas soledades!

Mas lo árido, lo seco, no es por ello frío en poesía. Antes al contrario. Y Dios me de más bien poesía seca y ardiente que no húmeda y fría, como la hojarasca. Poesía seca, árida, enjuta, pelada, pero ardiente. Poesía de salmo. Y nada de ese rumor de follaje mojado y frío. De «ruido de las hojas mecidas por las auras del oloroso abril», poco, muy poco. Mejor el bramar del simún entre montones de arena.

Pero hay aquí también frescura, y frescura de brisa doméstica. Todo lo que en estas poesías sabe a hogar, a un hogar en que al poeta acompañan seis mujeres, es como brisa que, cargada con los besos de las olas del mar, acaricia los raros árboles de las cumbres. Este profeso caballero de la Noche, que bendice a la orfandad, que canta a la noche azul de su tierra, a la virtuosa noche de rosas blancas que se deshojan en el mar y dejan un luminoso aroma sobre el alma, ha tenido niñez. Y Alonso Quesada la ha tenido.

Alonso Quesada ha tenido niñez. Acaso no ha tenido mucho más. Acaso sigue teniéndola. ¿No hay, acaso, mucho de infantil en estos versos? ¿No es, acaso, una cierta infantilidad que en ellos se advierte lo que les da su frescura y su encanto? La melancolía misma, la seriedad, la madurez, son de niño. Como fue y murió niño el muerto, el taciturno, el que se burlaba en el viejo sillón de su abuelo como en un abuelo también.

Cuando, al encontrarse con Néstor, recuerdan ambos un recuerdo infantil, una escapada al cementerio, Néstor le habla

*con aquella
primera voz que el tiempo le ha guardado.*

Y el poeta nos habla también con su primera voz, con la voz de su infancia isleña. Leed A la hora del Angelus y decidme si eso no está dicho a media voz y con la voz primera. Y con su voz primera canta a Jesús de Nazareth.

Y su ironía, su malicia, ¿no tienen, acaso, también, un dejo de deliciosa frescura infantil? Sus finas observaciones sobre los ingleses de la colonia, recogidas mientras garrapatea números del numerario ajeno, son de una tan tenue ligereza, de una tan cándida malicia, que acaso se escapen a nuestros habituales lectores que apenas gustan sino el dejo de fuertes especias y condimentos.

Oidle a este profeso caballero de la Noche, que confiesa su pobreza y la amargura de ver en los domingos los libros ingleses. Pero no los libros de poesía. Y yo no sé por qué misteriosa magia esos poemas de Los ingleses de la colonia tienen algo de inglés también, a la manera de la sutil y casi impalpable poesía inglesa.

.....

Y ¿qué más?

¡Qué sé yo!... Después de releer de un tirón un collar de poesías unidas por el hilo de un común sentimiento íntimo, dan ganas de dejarse brezar por el eco del ritmo, y fantasear, fantasear, fantasear; poblar el cielo del alma de nubes vaborosas y buideras como las que bogan sobre Las Palmas, sin llover en ella.

Estos cantos te vienen, lector, de una isla y de un corazón que es también, a su modo, una isla. Estos cantos han sido ceñidos por el océano y te traen el eco de sus olas rompiendo en

los pedregales de la orilla. Estos cantos te vienen, lector, de un mar interior, de un mar de corazón, que se ha dormido hace más de cien años, mucho antes que el poeta naciese, que lo recibió ya dormido. Estos cantos te vienen de una de las islas a que se llamó, no sé por qué, afortunadas; pero donde muchos, muchos, viven en la bendita pobreza de su casa, de comida humilde, bajo la sonrisa triste de la madre, y ganándose el pan trabajando para el extranjero. Estos cantos te vienen de una tierra donde apenas llueve, seca y ardiente; pero donde se sueña, esperando a la esperanza ¡Que es esperar!...

Aún resuena dentro de mí el eco de aquellos caracoles marinos por los que oí gemir al alma de un pueblo, en Teror, entre las montañas de la Gran Canaria, al cerrarse la noche de San Juan, según llegaba yo con el pobre Casanova, estando todo florecido de hogueras de fiesta. Y estos cantos son como uno de aquellos grandes caracoles.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, enero de 1915.

I

EL LINO DE LOS SUEÑOS

*Sabe esperar, aguarda que la marea fluya
—así en la costa un barco— sin que al partir te inquiete.
Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya;
porque la vida es larga y el arte es un juguete.
Y si la vida es corta
y no llega la mar a tu galera,
aguarda sin partir y siempre espera,
que el arte es largo y, además, no importa.*

ANTONIO MACHADO

LA ORACION DE TODOS LOS DIAS

¡BENDITA la pobreza de mi casa!
Hoy la comida ha sido más humilde...
Mi madre ha sonreído tristemente,
pero había una paz en su mirada...

Yo gano el pan de una infeliz manera
porque yo no nací para estas cosas:
hago unas sumas y unas reducciones;
y así me consideran y me pagan...
Hoy hace cinco años que mi padre
me dejó este gobierno; cuando era
más amplia la ilusión, y la locura
pasaba por mi mente a enamorarse...

¡Bendita la horfandad, las privaciones,
el amargo dolor, y los caminos
por donde, sin oficio, voy andando,
profeso caballero de la Nochel...

Las seis mujeres de mi casa, dicen
que esta resignación me dará el cielo:

verdad será, porque lo dicen todas,
y ellas en esas cosas saben mucho...

Conformidad de toda pesadumbre:
¡Mañana moriremos!... Los gusanos
todo nos quitarán menos la risa
petrificada en nuestra calavera!...

¡Benditas sean las amargas horas,
la pobre compasión de los mayores
y esta inquietud de no saber mañana
dónde tendré el hogar y los ensueños!...

.

Serenamente el mar viene a mi alma
en estas lentas tardes del verano;
sobre la arena de la playa aguarda
mi corazón la sombra que lo envuelva.
(¡Mi corazón de noche!... ¡Es esa dulce
y tenue claridad, que no es del cielo
ni de la tierra, y que en la noche tiembla
como una huella de la tarde idal)

Y mi alma, tiende sobre el mar dorado
una esperanza de mejores tiempos,
en ese instante en que las cosas todas
por demasiado ciertas nos engañan...

¡Las venideras horas serán buenas,
y buena la verdad de mi reposo!
digo, y bendigo la infantil creencia
de este mi pobre corazón, tan niño...

LAS TRES ORACIONES

ORACION MATINAL

LA mañana ha brotado sobre el campo
como una rosa blanca.
Junto a la puerta del hogar has puesto
la silla más pequeña de la casa.
Hoy es el día solemne en que has llegado
y el pueblo duerme aún sin saber nada...
Todo el silencio matinal parece
de una sagrada discreción; y tu alma
se recoge a su fondo, porque tenga
asilo más propicio la mañana.
La silla más pequeña es la armonía
y es la visión de una virtud lejana.
Allí, en reposo vespéral, un día
mi tarda vuelta aguardarás callada,
cuando sobre tu frente esté el lucero
y haya un doble calor en tu mirada...
¡Dios te proteja, que supiste darme
en un minuto la verdad soñada!...
El haga para tí todas sus rosas
y tenga para el pan toda su gracia.



¡La Muerte tardará!... Ya nos lo dice
el mudo platicar de nuestras almas...
Junto a la puerta del hogar pusiste
la silla más pequeña de la casa,
y la santa humildad de tu figura
era infinitamente iluminada,
porque tuviera esa merced celeste
el blando sentimiento que brotaba.
Madrecita gentil, ¡seas bienvenida!
La madre viuda buenamente calla;
y tiene esa sonrisa bondadosa
que otorga todas las locuras sanas.
Yo he visto en el temblor de tus pupilas,
al disponer mis cosas, como el ama,
una lejana ordenación de amores
y una orgullosa gratitud lejana...

¡Oh casa mía de la aldea, pura,
casa junto al pinar de la hondonada!...
Junto a la puerta del hogar, la silla;
sobre la silla, tu silueta blanca...
¡Y el manto de oro, bajo el cielo amado
protege el ansia maternal, que vaga
como un secreto por el campo, mientras
por mi sendero tu pupila indaga!...

ORACION VESPERAL

A LUIS DORESTE

LA tarde muere y tiene
todo el dulce color de mi recuerdo...
Porque cuente la historia de mi vida
que muera así la tarde se ha dispuesto.
El lejano sonido de una esquila
pone en la brisa un pastoril comento
que al perderse al través del cielo malva
hace brotar la rosa de un lucero.
El niño corazón tiembla y solloza:
tiene miedo de amar; pero es un miedo
que le gusta tener cuando la vida
es infantil, como esta tarde el cielo.
El pobre corazón tiembla, y parece
que busca otro rincón dentro del pecho,
otro rincón más hondo en que ocultarse
por temor de saber un cuento nuevo...

La tarde entera tiene
el color de la infancia de mi ensueño:

hay una golondrina misteriosa
que ha detenido en el azul su vuelo...
¡Yo pongo mi ilusión sobre sus alas,
y la quietud del lírico momento
se diluye en el oro más lejano
que no acabó de hilar el sol que ha muerto!...

Mi vida toda tiene
la suavidad divina de un secreto:
¡Parece que me dicen al oído,
con todo el corazón, que estoy viviendo!

ORACION DE MEDIA NOCHE

A LUIS GARCIA BILBAO

LA barca negra
que siempre está en la mar, viene a la orilla.
Hay un farol iluminado en ella
y un viejo manto para la partida...
Toda la turba sideral parece
que se confunde atónita y que espía
las huellas de mis pasos en la playa...
Mi sombra va delante como guía.
Llega hasta el alma el resonar de estrellas
y no se cree en nada de la vida:
la hora mejor para una muerte seria,
sin ataúd, ni cantos, ni elegías...
Voy en silencio por la oscura playa.
La noche es otoñal... Nadie camina.

Al fondo de la aldea, el cementerio
es una sombra luminosa... Brilla
como la mancha que los ojos tienen
cuando han mirado al sol, y ya no miran...

¿No has meditado nunca en esa losa
que ha de tener una memoria escrita,
y en esa tenebrosa luz de lámpara
que enciende la piedad de la familia?...
¿O en aquel padrenuestro extraordinario
que siempre cantan en la despedida?...
¿O en ese —¿de qué ha muerto?— que florece
en estas tardas bocas de provincia?...
¿Y luego, el día de los muertos, esas
sentimentales gentes que visitan
los camposantos, y renuevan todos
nuestros inciertos pasos por la vida?...

¿No sientes el dolor de esta grotesca
danza de reglamentos que eterniza
nuestra memoria y graba fuertemente
la huella que te importa dejar limpia?

Y ahora el silencio es más intenso; y habla
una tranquila voz en lejanía:
—Aleja de tu espíritu ese albergue
que será para todos algún día...
Y evádate en la noche, entre las sombras,
y sé una parte de la noche misma...

SITUACIONES LIRICAS
*(LAS HORAS, LOS MOMENTOS,
LOS RECUERDOS)*

ERICKA

(1882-1902)

¿QUIEN será esta mujer de veinte años
que han enterrado en este oscuro nicho
y cuyo nombre no sabremos nunca
de qué patria será y quién lo ha escrito?
En todo el cementerio no hay más triste
lugar que este lugar tan conocido
para mis ojos, que porfiados buscan
la transparencia en este mármol frío.

Allá, en la lejanía, está el recuerdo...
Todos, al mencionarla, la habrán visto
dulce llegar, como esa brisa amada,
cuando se nubla el sol, llega a los nidos.

—El nicho está al entrar, junto a unas flores;
desde allí se ve el mar. El mejor nicho
que hallé fue para ella; las mejores
flores para ella fueron...—

Esto ha dicho

el que la acompañó y tornó sin ella,
al darles cuenta de lo sucedido...

Y todos en las mentes se forjaron
el lejano lugar bello y distinto...
¡Mas ninguno atinó con las prisiones
donde tiene la muerta el buen olvido!

—*Ericka*, puse sobre el mármol negro;
—ha de decir el hombre con quien vino—
fue en un pueblo lejano... ¡Tan lejano,
que tiene el mayor mar como camino!...

UN RECUERDO INFANTIL

NESTOR

ESTE es un buen amigo de otros días
que ha retornado de un solar lejano.
Fuimos, allá en la infancia, compañeros,
eternos compañeros, casi hermanos.
El en el fondo de mis ojos busca,
impaciente, la luz de aquellos años...
Yo voy poniendo en su pupila inquieta
mi indagación también sobre el pasado.
Y después del silencio, en que las almas
tornan a verse con temor de extraños,
y van y vienen desde un pecho al otro
por si encontraran el rincón amado,
él me abraza y me dice con aquella
primera voz que el tiempo le ha guardado:
—¿Te acuerdas de aquel día tan famoso
en el que huímos del colegio odiado,
y después de elegir sitio seguro
al cementerio fuimos a ocultarnos...?

Tranquilos, bajo el sol de la mañana,
junto a una sepultura nos sentamos.
¡La mañana de abril en la que había
como un silencio muerto en todo el campo!
Una campana lenta de agonía,
un sonido dió entonces, funerario:
las notas esparciéronse medrosas
con temblor de hojas secas, a lo largo...
¡Abrieron una fosa!... Los rosales
con timidez sus rosas agitaron
a cada golpe de la azada, y todo
era de un hondo meditar amargo...

¡Y el alma halló el lugar plácido y bueno
porque fue albergue en nuestra huída, hermanol...

SIRIO

SIRIO es la estrella más ingenua. Ahora
brilla su luz tan colegial, tan sana,
que este dolor del corazón se mengua
y es como un lago, para Sirio, el alma...

Parece un Infinito que se esconde
dentro del corazón: una pasada
pureza que retorna a confortarme.
¡Una renovación inesperada!

Noche azul de mi tierra: ¡Oh virtuosa
noche de rosas blancas
que se deshojan en el mar y dejan
un luminoso aroma sobre el alma!...

Sé buena... como yo. Así, tu vida
será el sendero que esta noche santa,
en lo más hondo de mi Ensueño empieza
y en lo más lejos de esa estrella acaba.



CANCION SOLITARIA

A SAULO TORON

ESTOY ante la puerta de mi casa;
es más de media noche... Hay un silencio
lugareño que pone la inquietud en el alma.

¡El silencio de noche en mi pueblo
se siente de otro modo! El ha salido
del fondo de este mar, solemnemente,
como un hondo secreto...

Yo estoy ante la puerta de mi casa.
No tengo llave para abrirla... Espero.
Hoy olvidé la llave, y es preciso
despertar a estas gentes si reposarme quiero...

Voy caminando... Duermen... ¡Son mujeres
y están mejor a solas con el sueño!
Yo cogeré mi corazón de mozo
y con él vagaré por el silencio;
y por matar el tedio de mis horas
lo iré, como una rosa, deshaciendo...

EN LAS ROCAS DE LAS NIEVES

• **E**L puerto de Las Nieves, solitario y lejano,
junto a unas rocas negras!...

Hace ya muchas horas
que, en una extraordinaria narración, nuestros ojos
vieron delineadas estas montañas brujas...

Allá por nuestros años primeros de colegio,
¿no recordáis los imanados montes
a donde una galera arribó misteriosa
porque una mano extraña le desvió la ruta?

Este mar se ha dormido hace cien años...

¡Mira
que dentro de las rocas hay un encanto hecho!...
Un anillo... una flecha... ¡una palabra acaso!
hará surgir la ansiada princesa de Darío...
«¡que estaba triste de esperar!»

Estas cosas vulgares de todos los amigos
poetas, nuestra alma iba labrando triste.
Era al atardecer... ¡Con una nueva amada
marchaba el corazón entre los cuentos!

A LUIS MILLARES

.....
*Allí de un hueco humilde yo soy el dueño;
allí dormiré un día mi último sueño.*

.....
*Pienso en él con serena melancolía
como pienso en la cuna donde dormía.*

.....
¡Pedacito de tierra que eres mi tierra!

LUIS MILLARES

ACABO de llegar al cementerio
y he visto tu pedazo y mi pedazo
de tierra, Luis. Enfrente los ha puesto
esa mano cruel que ha gobernado
tus horas y las mías... Y he sentido
una satisfacción con el hallazgo:
como cuando en las noches de comedias
tu compras tu billete separado
de mí, y después nos encontramos juntos
sin pensar que estuviéramos al lado...

La tierra estaba húmeda y tenía
una atracción sensual... He meditado:
Aquí pondrán los nombres y las rosas...
¡Si hay quien cubra de rosas el pasado!
Que el amor de los muertos, si es eterno,
entre ellos mismos es... No hay que soñarlo
en la memoria de los nuestros mucho,
que ellos sembrando irán otro sembrado.

MAÑANA DE CARNAVAL

A R. GOMEZ DE LA SERNA

¡CARNAVAL! ¡Y van más años!
Las carrozas, los panderos
y máscaras de animales
porque nadie está contento
con la suerte que en la vida
le ha tocado... ¡Dulces tiempos
de una infancia primorosa
en que era un disfraz el sueño
de todo el año! ¡Pierrot!
¡Pierrot y Arlequín, los viejos
amigos!... (Aún la amistad
perdura a través del tiempo).

¡Máscaras, sombras lejanas
de aquel bullicioso ensueño,
cuando cubierto mi rostro
iba, y mi infantil deseo
indagaba entre las turbas
el enemigo secreto!...

.....

¿Y después?... Como en la vida:
el no importarnos, y el lento
caminar, tan conocido,
del enmascarado serio.

A LA HORA DEL ANGELUS

EN San Telmo ha sonado la oración.
Mi alma no se renueva!
El cielo está cubierto y la memoria
todo lo olvida por estarse quieta.
¡La memoria en silencio!
Es el instante de las cosas ciertas...

Todo el amor, todo el dolor, ¡oh amada!
detener un minuto en su carrera,
y oír cómo este toque de oraciones
vibra perdido dentro el alma hueca...

ELEGIA AL CANARIO

HOY, al dar el sustento al pajarillo,
le hemos hallado muerto.

Fue una extraña
emoción, un dolor tan extraño,
como si lentamente fuera saliendo el alma
de nuestro pecho, y viéramos partirla
sin tener el valor de sujetarla...

Un silencio infantil, sobre nosotros
pone las suaves alas...

¡El pájaro de oro se ha evadido
por un rayo de sol de la mañana!

CANTO A JESUS DE NAZARETH

JESÚS: tu mar está sereno ahora.
¡Oh la virtud de tu bendita mano
cuando paró las ondas y pisaban
tus pies sobre el cristall...

Tiempo pasado
que fue mejor... porque no ha sido nuestro.

El silencio en el mar es muy lejano...
Y la quietud azul con oro y rosa
allá... por nuestra alma, que ha llegado
al Infinito en este instante puro...
El horizonte es nuestro anhelo amado
que el alma entera ha recogido, dulce,
la limosna del sol...

¡Ah, cuantos años
frente al mar!... Como ayer, hoy es lo mismo:
el alma que se aleja... y se detiene
para contribuir en el ocaso...

Jesús: yo creo en la virtud sagrada

de tus benditas manos.
Para las ondas, como ayer, y ordena
mi sendero cercano.

Yo curaré las llagas de mis plantas
cuando vaya a partir, por no mancharlo;
limpias y azules seguirán las ondas
para guardar al sol en el descanso...
Jesús: no tengo otro recuerdo fuerte
que esté sobre mi espíritu, que el tuyo.
¡Tiende la transparencia de tu mano,
que aguardo su piedad en esta orilla
hasta un futuro amanecer, confiado!...

LA LUNA ESTA SOBRE EL MAR

EL camino del muelle, esta noche de luna,
me trae los rumores de tus besos... Hay una
soledad, ¡como aquella! tan misteriosa y buena
que la luz de mi alma se diluye serena
sobre el recuerdo amado, que nunca ha de tornar
¡lo mismo que la luna esta noche en el mar!

El silencio se tiende sobre todas las cosas...
Deshójanse en mi alma dos rosas misteriosas:
una rosa de Ensueño y otra rosa de Olvido...
Mi corazón te busca por lo Desconocido
e indaga en los secretos del Lejano Lugar...
¡lo mismo que la luna en el fondo del mar!...

EN LA AMPLITUD DE LA NOCHE

VIENE la noche entera al alma mía
porque ignore después cuál es mi alma...
Este rumor del sueño de las gentes
me embriaga en otro de quietud lejana.

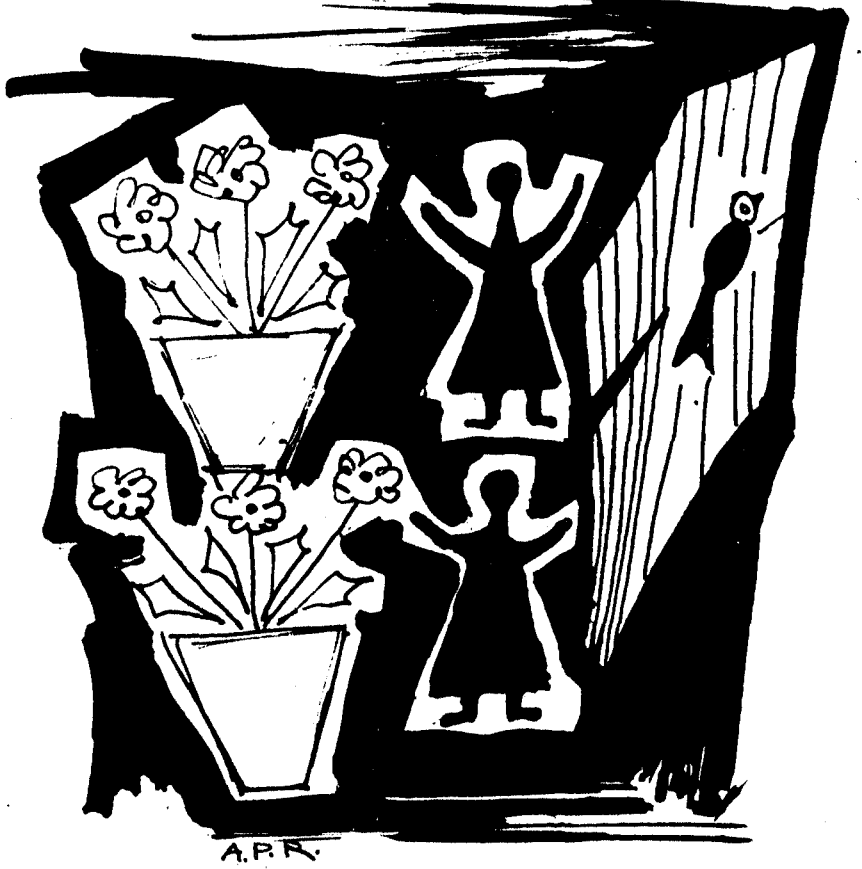
¡Para tener mi corazón ahora
y lanzarlo a los cielos!...

En la santa
piedad de este silencio dos estrellas,
al pensamiento mío, se separan...

SOL DE MAYO

¡L AS macetas están llenas
de flores! Esta mañana,
antes de marchar a misa,
las regaron las hermanas...
Es mayo. Mi casa tiene
mucho sol. Sobre las blancas
baldosas del patio brilla
llena de oro fino, el agua.

¡Sol mañanero de mayo
para María! ¡Mañana
dorada, para sus ojos!
¡Hora propicia en el agua
de las fuentes! ¡Caminitos
de las aldeas lejanas!...
Mi vida de ayer: las niñas
pequeñas, la madre sana...
¡Y las mozas que vendían
a mi puerta la retamal...



A.R.R.

Sol de mayo, sol de mayo,
¡recio como una coraza!
mi corazón se ha entreabierto
por el calor de tus llamas...

Mi corazón es más rojo
y es más dorada mi alma.

UNA VOZ PIADOSA

BUSCA el amor en tu dolor y aguarda
el momento de la revelación:
cuando abandones la coraza débil
y huyas por los caminos de tu Dios.

¡Serás el muerto único! Tú solo,
liberto, cruzarás el arenal...
y el agua de la estrella de la tarde
tus abrasados labios gustarán...

Y mirarás en torno: ¡el Infinito!...
¡el Infinito!... ¡el Infinito!... y no
encontrarás más muertos...

Y tu boca,
las gracias me dará por la atención...

DESPEDIDA SERENA

AMOR, el más pequeño de mi amor,
vas a partir de un modo tan sencillo,
que no caben palabras para un llanto
ni comentarios al futuro olvido...
Quisiera ser muy mozo, sin embargo,
para poder llorar, que has merecido
por tus tres horas de bondad, las lágrimas
y una honda relación de lo perdido...
Mas ¿para qué el dolor, si todo acaba
y acaba sin pasión?...

Si no he sabido
guardar tu corazón, que al fin y al cabo,
es otro corazón distinto al mío,
perdóname y olvida; que las cosas
aun en los corazones, son lo mismo...

EL POETA LLAMA A LA MUERTE

¡AMADA, amada, la eterna!...

¡Oh, este sol y esta montaña,
y este bronce de mis horas,
y estas flechas de mi aljaba!...

¡Y este pensamiento sobre
el mar!... ¡Y esta lejana
profecía!... ¡Esta verdad!...

¡Y esta fortaleza máxima!

—Madre: yo estoy sobre el monte
envuelto en la áurea coraza
del sol, y tengo el anhelo
de mi futuro... ¡Y el alma
es azul!... ¡Y hay una estrella!
¡Y un signo sobre la palma
de mi mano!...

¡Y un pretérito
corazón que afirma y clama!...

—¡Amada, amada, la eterna!
Es la hora... ¡El sol aguarda!...

UNA HISTORIA DE AYER, HOY
Y MAÑANA
(POEMA VULGAR EN TRES CANTOS)

CANTO I

Hace tres años.

¡ME voy a enamorar de tí! He pensado
que es lo mejor que puedo hacer...

Te quiero

con toda mi pasión, desde que puse
sobre tu corazón mi pensamiento...

Tiemblas loca de amor, porque he venido
silencioso, camino de tu ensueño
a despertar junto a tu puerta amada
el corazón dormido...

¡Ya era tiempo!

CANTO II

Hoy

¡TE voy a abandonar!... Hace tres años
que estoy soñando con ensueños nuevos,
porque es perder la vida ante tus ojos
buscando la verdad en lo hondo de ellos...

Ese oficial te hará las mismas cosas
en esto del amor, que las que yo he hecho...
Y más: él tiene un uniforme lindo
que hace atinar un modelado griego...
¡Adiós, amor!... Que tus chiquillos tengan
el rojo guinda bajo el sol de fuego;
que sepan resistir las embatidas
del viento y de la mar...

¡Me voy!

Lo siento.



CANTO III

Mañana

¿ERES tú?... ¿Son tus hijos?... ¿Es tu esposo?...
¡Hombre, qué bien! ¿Era lo mismo?... ¿Miento?
¡Si en esto del amor y los sentidos
toda la perfección, es el acierto!...
¡Hemos de hacer sonar una campana
y desde el primer toque, campaneros!...
Ya es capitán, ¿verdad? ¡Cómo has ganado!
puede morirse y tú cobrar el resto...
Yo te hubiera dejado, acaso, libros
con unas gotas de veneno en ellos,
y además, un chiquillo perturbado
que al empezar la vida sería un muerto.

COLOQUIO EN LAS SOMBRAS

ANTES DE EMPEZAR EL COLOQUIO

Ahora, después de cuatro años, al releer este coloquio, el recuerdo de aquel muchacho altivo, silencioso, sombrío, vuelve a batir dentro de mi corazón un ala siniestra. Con los aires de ahora viene la humedad de su tumba.

El partió una de estas desoladas noches provincianas, por un golpe inesperado y sonoro. Don Miguel de Unamuno acaso guarde todavía el eco en su alma.

Todo esto fue soñado en un sueño impreciso, horrible... No puedo ajustar el momento. Sólo alcanzo a pensar que vino a visitarme el muerto y que juntos vagamos por unas galerías nebulosas. Es un coloquio truncado, inaudito. Quizás no sea sino «¡palabras... palabras... y palabras!...» Pero lo he dejado entre todo porque sé que en un recuerdo doloroso el corazón y el pensamiento pueden permitirse un desvarío.

Si no halláis la misteriosa emoción de lo indeciso en él y la angustia de querer saber mucho, al empezar la vida, perdonadme.

COLOQUIO EN LAS SOMBRAS

In memoriam. MANUEL MACIAS CASANOVA.

.....

EL POETA

¿AL fin habéis venido? ¿Dónde ha estado
la vuestra humanidad toda esta vida?
Ese viejo sillón os ha esperado
meditando en silencio vuestra huída.

EL MUERTO

Hacia el viejo sillón va mi saludo,
que en su seno mi sombra se perdía;
y era en todo minuto el libro mudo
que llevaba mi extraña teoría.
La amarga seriedad de mi mirada
melificaste tú, con tu medida,
cuando, por bien de Dios, me fue curada
aquella enfermedad de la cordura.

¡Oh mi viejo sillón! ¿Por qué esa pena
o ese dolor de estar siempre vacío,
si aún en el fondo de tu alma suena
el silencio que fue el silencio mío?...

*Hay una pausa misteriosa.
El muerto pone en el sillón
la sombra leve de su espíritu
que transparenta el corazón.*

¿Qué soñáis, don Alonso? Esa postura
parece que es de holgar, y no es prudente
que un hidalgo que tiene la locura
por el más alto timbre de su mente,
esté con la cabeza, así, en reposo
suelta la idea en el tranquilo huerto.

EL POETA

¡Déjame en el ensueño misterioso
donde está la razón que os hizo muerto!

*Ahora el silencio es más lejano
y es sacratísima la voz
del muerto ilustre que revive
todo el instante que pasó.
Tórnase a ver entre los cirios
como en la vida se quedó,
y su palabra más serena
va murmurando esta oración.*

EL MUERTO

Yo tenía en la faz una serena
afirmación de credo panteísta.
Desapareció de mi mirar la pena;
tornóse todo claridad mi vista.
Era el alma una piedra que caía
al fondo del Misterio, en la laguna;
la creencia de las aguas se extendía
como una religión, bajo la luna.

Cayó la piedra al fondo, mas el terso
luminar de las aguas ondulaba...
Después vino la brisa, y el disperso
murmullo de protestas acallaba.
Volvió la mansedumbre a la laguna;
y por guardar en ella mi tesoro,
el hilo luminoso de la luna
tejió en las ondas un cendal de oro.

*Todo el instante de la muerte
va renovando el rimador...
la voz que brota de sus labios
tiene una amarga acordación.*

EL POETA

¡Oh lejana visión de aquella muerte
sencilla, y complicada por su modul...
¡Oh roto corazón, que era más fuerte
que el corazón del Universo todol...

Soberano señor, ¿qué fue tu vida,
sino un dolor de ensueño y de locura,

al través de la extraña e incomprensida
escuela original de tu escultura?

.....

¡Oh el recuerdo lejano que ha tornado!
Un silencioso estilo en tu severa
figura de filósofo callado,
que en el muerto mirar burlas tuviera.

*El muerto calla y en sus ojos
bay un violento resplandor.
La hora no existe, y van las almas
bacia una audaz meditación.*

EL MUERTO

¿Por qué hacéis un lamento de mi huida
¡oh noble rimador! si nada es cierto
y en la Universidad de nuestra vida,
el criterio mejor es estar muerto?..
¡Contemplad esa sombra!... El corazón
puede mirar la sombra en lo Ignorado.
Escuchad el silencio, y la razón
porque hube de morir habréis hallado:
toda silencio el alma se extendía,
bajo la claridad de mi cordura...
¡El alba en la llanura florecía,
y era en mi alma igual que en la llanural

¡Oh el silencio más fuerte! ¡Oh la adorada
admiración del corazón al llano!



¡Oh la honda fortaleza en la mirada
y la renunciación de lo cercano!...
¿No alcanzáis la razón de mi partida
y os doléis del destino y de mi suerte?
¿No sabéis que el silencio de mi vida
se hizo merecedor al de la muerte?

*Es más jovial la frase ahora,
que envuelve un íntimo dulzor.
El muerto siente una piadosa
y amable reconciliación.*

¿Y vuestro corazón, tan dolorido
por batallas de amor y de hidalguía?...
¿Qué se hizo de aquel gesto que ha tenido
el comento de mi filosofía?

EL POETA

¡Aún tengo torceduras en el seso;
mas cuando halléme cerca de razón,
tendióme redes don Amor, y preso
volvía a dejar de nuevo el corazón!...
¡Ah, el azul del amor! En mi camino
ya encontré la ilusión que prefería,
que ella es ensoñadora y es divino
y celeste el ensueño que la guía...

Y en el nombre de Dios —sana fortuna—
voy tejiendo el amor serenamente,
bajo la dulcedumbre de la luna
y al discurrir discreto de la fuente.

*Tiene en la hondura de los ojos
un serenísimo dolor,
y en las palabras de su boca
una exquisita entonación.*

EL MUERTO

Al través del ensueño está la hoguera
que la mano de Aldonza os ha encendido:
el loco hidalgo os guarde esa manera
que hace del corazón el preferido.
Amar y siempre amar: es el derecho
de vuestra condición. Divino ensueño
que forja el corazón de vuestro pecho,
y os hace cabalgar en Clavileño.
¡Mi paso por tu tierra, ya es lejano!...
¡No tuve amor de juventud! Y un día
la turba, al ver que mi dolor fue en vano,
al cruzar por mi lado sonreía...
La soberbia, en mi modo enaltecida,
dio entonces a sus bocas el motivo;
¡y el hidalgo desdén de mi partida
tornó en amor al muerto el odio al vivo!...

¡No era mi corazón para esa gente
municipal y espesa! La locura
es alta condición de nuestra mente
¡que en nuestra mente vuélvese cordura!...

¡El amor de tu ensueño! El, que tenía
para todo interior ritmo sonoro...
Si alguno te truncara el sueño un día,
¡atraviésale el alma con tu espadín de oro.

*Hay otra pausa misteriosa
en la que oficia el corazón...*

*Por las paredes el silencio
va diluyendo su rumor.*

.....

EL ULTIMO DOLOR

30 de Junio de 1913.

MI madre ha sonreído tristemente
y sus ojos clarísimos dejaron
partir la luz, sin detenerla, lejos...
¡A ese lugar, tan luminoso, donde
va la luz de los ojos, cuando huye!

Sendero del dolor y del amor,
más del amor que del dolor; sendero
para mi tan amigo, consecuente
con mi interrogación... ¡Llena de ensueño
la memoria!... Las rosas de tus bordes,
de una blancura superior y eterna,
pon en tierra, al cruzar mi guiadora,
porque sus pies al fin sientan dulzura!...

¡Y el mar, el mar de la quietud divina!
¡La ribera cercana!... ¡El valle!... —aromas
de eternidad— para su arribo sean
como la claridad de aquellos ojos
cuando se abrían por mirar lo amado...

LOS INGLESES DE LA COLONIA

EL DOMINGO...

PARA ANTONIO MACHADO

¡TRISTEZA de estos libros, sin emoción, sin alma,
en un arca de hierro guardados seriamente!...
¡Oh, no sabéis cuando se es pobre, cuando
se gana así la vida tan cotidianamente,
la infinita amargura que rebosa en nosotros
al ver en los domingos estos libros ingleses!

Hemos llegado ahora fatigados del viaje
dominguero, y buscamos entre nuestros papeles
de cuentas y de sumas, un libro que dejamos
escondido ayer tarde... La oficina parece
que sueña un sueño suave de ausencia y de recuerdo...
¡Y es sólo nuestra alma que al silencio se ofrece!

Las puertas de cristales donde ha sido grabado
con las letras en oro el *Private* consiguiente,
al impulso secreto de una mano anglicana
se abre, porque aparezca en el umbral un jefe...

—*Good-evening*, señor, ¿cómo ha venido ahora?...
¡Y piensa que venimos a trabajar, pacientes,
como el buey, en el campo mercantil, y suaviza
su mostacho con la sonrisa complaciente!
¡Una ilusión de rosas!... ¡Hasta el que menos sueña,
hasta el más aritmético, sus ilusiones tiene!...
No hay que romperlas nunca y por eso mi boca
responde: —Trabajando un rato, mister Siemens:
unos cuantos asientos que de ayer me quedaban,
he venido a ponerlos para estar al corriente...

—*Good-by*, mister Quesada...

¡Y se aleja!...

¡Y yo sigo

mi florido sendero, como un muchacho, alegre!...

UN TENEDOR DE LIBROS

ESTE es un tenedor de libros, bueno;
un inglés muy pacífico, que mira
distráido el amor... Frente a mi mesa
él trabaja consciente. —Es la oficina
de una entidad británica, severa,
donde pagan ¡mis números! con libras...

Hay un claro del sol sobre la testa
del inglés y él lo siente y se suaviza
aquel mirar tan mercantil que tienen
los ojos grises... pero no termina
la operación de cálculos que sigue
la recta ruta, bajo el sol, precisa...

Todos trabajan menos yo, que miro:
¡mi alma en todo minuto está propicia!
Y este es el mal de mi futuro de hombre.
¡Esta es mi enfermedad desconocida!...
El inglés ha parado, por fumarse
un cigarrillo de opio; una sonrisa

tiene en los labios y una gracia inglesa
me dice en tanto el cigarrillo lía...

Y entonces la discreta entonación
de este adorable mister, finaliza,
y al verme como ayer, puesto los ojos
en lugar diferente al que me obligan,
clama: —¡Señor poeta, muchas nubes
para ganar con claridad la vida!...

¡Pero me cuenta de la Amada, lejos,
en los fríos hogares!...

Una cita
de patriotismo, que orgulloso siente
su corazón, todo teneduría...

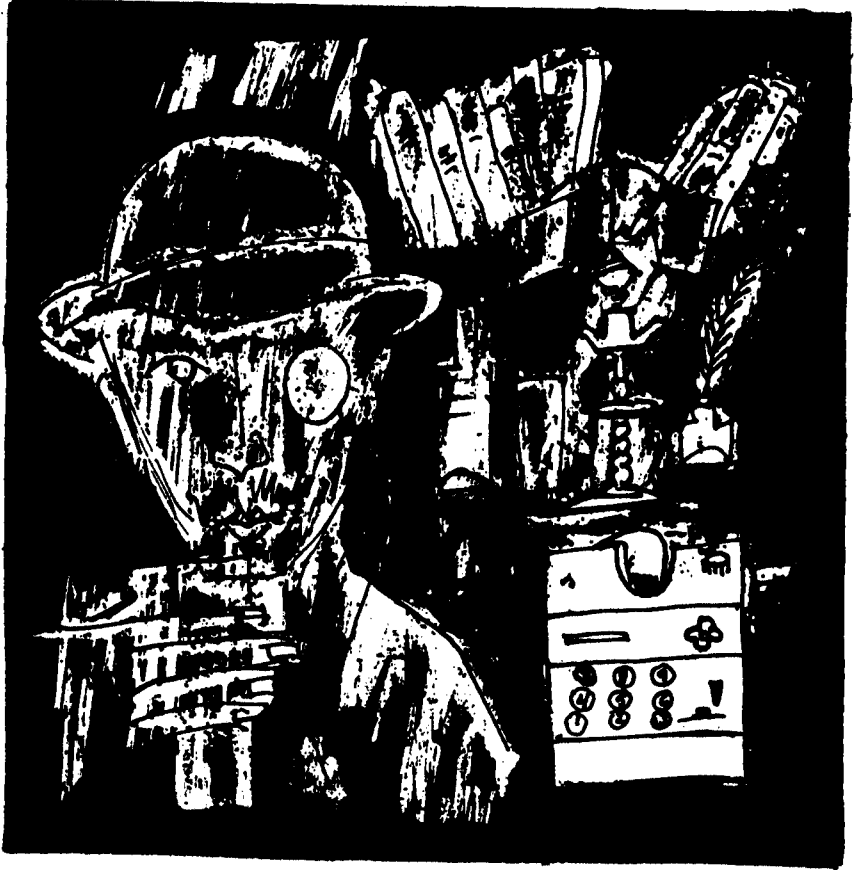
Y mi alma puesta en ocasión de plática,
al alma inglesa a platicar invita,
con la recordación de aquella aurora
en la que alondra y ruiñón porfían...
Y el entusiasmo del inglés florece,
como una flor exótica, divina,
que sólo han visto nuestros buenos ojos,
en un caliente invernadero, un día...

EL BALANCE...

A TOMAS MORALES

ESTOS cuarenta ingleses esta noche se juntan para hacer un balance porque termina el año. El trabajo nocturno, si es trabajo de números, tiene para estos hombres un voluptuoso encanto. Van llegando puntuales. Sobre las altas mesas van uniformemente los libros colocando; luego sacan sus pipas; reposados encienden y antes de dar comienzo beben un whisky agrio.

La oficina está plena de luz, y yo he venido, como todos los días, con bastante retraso... Ellos, que no toleran la indiferencia mía, en su lengua, a mis modos, ponen un comentario... Y el más viejo de todos, el tenedor primero, —¡jaranero divino!— a mi entrada alza el vaso y con una postura de orador de Hyde-Park grita:— ¡Brindo, señores, por el amigo Byron!



Los demás se sonríen —una burla británica.—
Yo sigo a mi pupitre y empiezo mi trabajo...

EL SABADO

A DOMINGO RIVERO

SON las tres de la tarde. La oficina está envuelta en el oro marino que nos trae el verano: ese oro que viene de estos mares los días luminosos... ¡El oro del desierto cercano!...

El gerente ha salido para toda la tarde a jugar la partida de *foot-ball* porque es sábado. Los demás, como menos, seguimos la tarea: ¡el eterno pan nuestro, de tan eterno amargo!

Lentamente, las hojas de los libros, las mueven estos ingleses jóvenes, tan hermosos, tan castos, que el rubor los abrasa si contáis aventuras que corristeis vosotros en los más locos años...

Yo tengo el pensamiento puesto en una columna donde una araña teje... ¡lo que yo voy pensando! Este decir lo ha dicho el cajero que sabe mucho Dickens y tiene presunción de flemático...

¡Oh, este mister Quesada con sus ensueños locos.
—Como el cojo poeta, es violento y romántico...
—¡El quisiera ahogarse como Schelley un día,
y ser pasto de hoguera frente a su mar atlántico!...

Yo siento este rocío de ironía, que cae
mansamente en mi alma, mientras reviso un cálculo.
Ellos, de suma en suma, van poniendo sus burlas
con esa suficiencia sonora de hombres prácticos.

—¡Oh las horas rurales de mi vida, perdida
en la evasión de un humo muy azul y lejano!...
¿Qué será, de este modo, cuando al umbral sereno
de la vejez arribe, sin haber comenzado?...

—El poeta no dice una palabra ahora,
que tiene el pensamiento de loco aprisionado.
—¿Por qué no dice nunca las trovas que ha lucido
esa testa que odia el mayor y el diario?...

Como un presuntuoso brindador, el tintero
alzo en mi mano y digo, conceptuoso y romántico:
—¡Oscar Wilde fue el primer corazón de Inglaterra!;
brindo, pues, por sus labios y sus ojos extraños,
y por la complicada ternura de su alma
y el ensueño sonoro de sus celestes años...

Ellos se ruborizan... Inclinan las cabezas
y tornan, silenciosos, de esta vez al trabajo...

NEW-YEAR HAPPY CHRISTMAS

UN CONCIERTO EN LA COLONIA

EN la puerta, dos viejas servidoras inglesas
me toman presurosas el gabán y el sombrero...
El acto ha comenzado hace varios minutos.
Cantan un coro grave todos los caballeros.
Es una fiesta en Pascuas, que la colonia tiene
en el *Nuevo instituto para los marineros*.
Todos están oyendo como en una capilla;
las inglesas escogen cada una su sueño,
y estos uniformados tenedores de libros
relucen como *smokings* que tienen rasos nuevos...

Yo no sé lo que cantan, pero sin duda ofrece
unas melancolías de nieblas, el concierto;
los ingleses deshojan una tristeza vaga,
cuando termina el coro con un acorde lento.

Y ahora, canta una dama de cabellos dorados,
una canción graciosa que tiene un ritornelo
popular: ¡Cómo ríen estas muchachas lindas
tan leves como el lino, sin color y sin senos!...

Las inglesas aplauden... los ingleses sonríen.
El Director me mira para observar mi efecto;
yo hago una cortesía, castellana y sonora
y el Director me envuelve con su agradecimiento.

Después, el Cónsul dice que vayamos afuera;
el *ball* está adornado con ramas y letreros
en inglés. Nos invitan con café muy caliente
y en seguida con vasos de *sangría-refresco*...

Y entonces, tres inglesas, con tres bolsas de seda,
se acercan a nosotros para pedir dinero;
y yo que no contaba con esta picardía
y que no llevo nunca conmigo sino ensueños,
ante estas tres figuras fatales, tembloroso,
como ante mi Destino, sin vacilar me entrego...

.....

MISS FORD

A ENRIQUE DIEZ-CANEDO

ESTA inglesita linda, como un búcaro, pulcra,
llena de un suave aroma de limpieza británica;
con sus cabellos claros, y sus faldas de lino
y sus blusas de seda, y el sombrero de paja...
¡Ah, cómo la han besado todos los españoles
bajo la fronda amiga, en esas noches cálidas,
cuando la luna busca el pretexto del árbol
más obscuro y espeso, para la tolerancia!...

¡Oh madama la lunar!, consentida señora:
yo apuesto con tus luces, mis discreciones máximas,
que he de internarme mucho cuando me toque en suerte
y has de alumbrar la fronda sin atinar mis *ramas*...

La madama adorable ¡tan latina! ha brillado
sobre el linar divino de la cabeza blanca;
y los labios ingleses, aclimatados, lucen,
como meridionales, una sangrienta mancha...

—Vamos, mister, al bosque...— Y la leve muñeca se prende a nuestro brazo, francesamente lánguida...

Hay un rumor perdido bajo las arboledas...

Una *mistress* —la madre— que es novelista, habla con un cajero viejo, de monocle de concha, de anillos de amatistas y flor en la solapa... mientras en una mesa de mimbre un par de lores de similor, emprenden la segunda jornada de *whisky and soda*; ahora sin soda, sólo whisky... ¡para que el whisky luzca toda su pompa áurea!

La luna ha sonreído tan adecuadamente, como una compatriota de la gentil muchacha...

UN BRITÁNICO

A FEDERICO CUYAS

ESTE inglés sabe mucho de oficina
—mas no ignora que Shākespeare fue un poeta—
¡el hombre superior de la esterlina
que viene a España en pos de la peseta!

En sus pupilas de anglicana fiera
alumbra una mirada desdeñosa.
Se ríe de la España pinturera...
y tiene una francesa por esposa.

¡Cosas de España! Sí. Todo cordura,
pone el inglés su eterno comentario:
—¡El hidalgo de la Triste Figura
envuelto en un ropaje estrafalario!...

Vivió en Sevilla:

—¡Bah, la Macarenal...
¡y el rojo sol de la andaluza-mora
puso en sus hijos la color morena...
que el sol inglés sólo el cabello dora!

Y al tornar a sus lares de Inglaterra,
la loca España, en su desdén se ensaña,
con dos gitanos puros de la tierra,
tiene para evocar...

¡Cosas de España!

ES INEVITABLE

*(Diálogo gracioso del Poeta
desesperado de su visión,
con un su discreto amigo).*

A DOMINGO DORESTE

HABLA EL POETA

TU tienes la razón, amigo mío...
Lleno está de almanaques tu despacho,
almanaques que anuncian las farmacias
y las papelerías... Y en tu mesa,
pisapapeles graves, filosóficos,
que serenán las almas de las hojas...
¡las hojas llenas de frivolidades
que al menor viento han de volar ligeras!
Tú con tus comisiones has hallado
la dulce paz de los muestrarios mudos;
el invariable ritmo de la prensa
y el ansia humilde de los copiadores.

¡Ah, cuánto diera por poder un día
poner mi alma en las casillas rojas
y aprisionarla allí como la tuya
igual ayer... mañana igual... ¡y siempre!
Tú tienes la razón, amigo serio:
preciso es desviar nuestro camino
y librar a la mente de colores
y empaquetar el corazón con lienzo.

HABLA EL AMIGO

—Has de volverte mercader. La vida
tiene más prosa que la necesaria;
hay que hacer las visitas de cumplido
para que acuda gente a nuestro entierro...
¡Hay que corresponder!... Todo es lo mismo
al fin de la jornada; ¿qué te importa?
Un negocio prosaico... ¡El más prosaico,
que no tiente al retorno del ensueño!
Una ferretería. ¡Sí! ¡Clavos, martillos,
cerraduras, candados!... Lo más duro,
lo más reacio al corazón infante...
Y en una tarde tropical —las nuestras—
serás el dueño de esas mercancías;
y sin complicaciones ni inquietudes,
¡sin influencia vespéral!, sereno
aguardarás la gente compradora
con nuevo orgullo de señor rentista.
¿Qué piensas?...

HABLA EL POETA

—¿No habrá nada que me vuelva
al pretérito estado inverosímil?...

HABLA EL AMIGO

—Vendrá un señor jinete presumido,
preguntará por herraduras buenas...
¿y qué lirismo cabe en herraduras?...

HABLA EL POETA

Tú tienes la razón, amigo mío;
pero, ¡ay! que aún puede recordar el alma
que eran las de Pegaso de oro fino...

LOS POEMAS ARIDOS

A DON MIGUEL DE UNAMUNO

Dedicándole los poemas áridos.

«**M**I dulce silencioso pensamiento»,
va hacia tí, don Miguel, maestro y amigo,
desde el aislado hogar que tú marcaste
en esa tu Salamanca la Doctora.
Y va por el Azul, manso y humilde,
como un romero, a visitar el tuyo:
le acoja tu piedad, en todas formas,
poderoso Señor de las Alturas...

La noche es amorosa en la partida;
la luminaria astral brilla más cerca
y el pensamiento, al despedirme, porta
como una unción romántica con él...

La del alba será cuando se acerque
a la llanura amada, el pensamiento;
y entonces ampliará todas sus ansias
y tendrá en el llano otra leyenda,
porque, buen don Miguel, poeta y amigo,

mi alma es la soledad de esa llanura:
con un sonoro cabalgar por eco
y el incendio solar... ¡como la sangre!...

El viaje silencioso de esta hora
—viaje de peregrino a Tierra Santa—
es por llevarte las creencias puras
que de tu religión he recogido.

¡Salamanca ha surgido!... Es el ensueño
y el reposado meditar lejano...
¡Y el huerto de Fray Luis, tan deleitoso,
por su mano plantado, en primavera!...

Pongo en tus manos, pues, este presente
labrado en soledad hora tras hora...
El lino burdamente está tejido;
mas la verdad del corazón, ¡lo hace un brocado!

FIN

Y ahora, Señor, con todo amor acoge
el pensamiento silencioso mío:
Y en un silencio sacro, dame el tuyo,
como una bendición Pontifical...

LA MAÑANA DE LOS MAGOS

EL padre sol solemnemente pone
sobre mi casa todo el oro nuevo
de esta mañana pastoral de Reyes...
Amorosa mañana de mi infancia.
Mi madre cose en un rincón del patio
y las tres niñas, silenciosamente;
las manos primorosas van y vienen
como unas hacendosas lugareñas...
Ya no hay juguetes en la casa... Todo
es trabajo de vida recio y duro;
¡hay que vivir!, que la soldada es poca
y la ilusión un lujo insostenible...
¡Horas lentas de amor! Pasan los días
en una igual distribución de cosas,
y vuelve el sol, y como ayer, nos halla
hilando el mismo lino en nuestra rueca...

Trabajo rudo, ¡mas un mar sereno
que fortalece el sol!...

¡Oh madre vida,
dame tu sano amor a todas horas,
pon en mi fuerza tu verdad suprema!...



Ve cómo están estas muchachas llenas
de fiel resignación... Cómo en sus ojos
hay la certeza del oficio nuevo...
¡y el cumplimiento de la ayuda hermana!

FIN

Si el pan es tosco, es pan de campo sano...
mas es buena la vida, y en la tierra
¡labrad otra ilusión!, que un nuevo día
florecerá como un juguete útil...

ALABANZA DE LO COTIDIANO

ESTA tarde, esta calle no es mi calle.
Hay unos gallardetes que la adornan
y un arco hecho de palmas, y unas rosas
de papel amarillo en la cornisa...
Es día de San Telmo y todo el barrio,
que es marinero, huelga y se divierte...
Yo voy por otra calle, que no tiene
aquella bondad mansa de mi calle.

Aquí he llegado y me contemplan todos
llenos de asombro... ¡Es una cara nueva!...

¡Oh la adorada ruta cotidiana
de este espíritu mío, tan piadosa!
Parece que el camino se ha perdido,
y que no voy a ningún lado cierto,
y que es otra la hora, y muchos días
se han llevado ayer noche en el silencio...

¡Qué camino más largo el que me lleva
y qué distinta de bondad, la vida!...

¡Qué recio el corazón que no tolera
esta disposición irremediable!

FIN

No abandones tu ruta cotidiana,
traza tu vida de un humilde modo,
que es la virtud suprema, la costumbre,
¡y es mayor que el amor!...

Toda una vida
trunca la ruta nueva, y en el alma
pone una sombra fría esa otra luz...

LA ETERNA SOMBRA

¡EL silencio esta noche!... Nunca el miedo
llegó más silencioso...

¡Hora escondida
entre los cortinones de mi cuarto,
como para surgir a media noche!...
¡Esa hora de siempre, la indecisa,
la que es como un relieve de las otras;
esa hora eterna del temor, la hora
en que se funden todos los recuerdos
funestos de la vida!...
Y el alma recia, hoy temblorosa escucha:
—¡Ah, no morir ahora, madre mía!...
Mas la muerte parece estar cercana.

Por el sombrío corredor, camina
una perversa sombra recatada,
que al llegar a mi lecho se desborda
sobre mí. ¡El corazón se aquieta súbitol...

¡Oh, y mañana el huerto y los naranjos,
y la tierra, y el agua de mis fuentes,

y esta sagrada claridad del alba
sobre mi mar Atlántico!...

¡Oh, no morir ahora, que mañana
el sol ha de brotar más luminoso!
El corazón lo dice, y él espera
alcanzar la mañana todavía...

(En la ventana, angustiosamente:)

Yo abro mi corazón bajo los cielos,
como esas flores, que de noche se abren...
Y la luz de la luna lo ilumina,
porque la sombra parta...

¡Y ha partido!

TIERRAS DE GRAN CANARIA

TIERRAS de Gran Canaria, sin colores,
¡secas!, en mi niñez tan luminosas.

¡Montes de fuego, donde ayer sentía
mi adolescencia el ansia de otros lares!...

Campos, eriales, soledad eterna;

—honda meditación de toda cosa—

¡El sol dando de lleno en los peñascos
y el mar... como invitando a lo imposible!

¡Todos se han ido! Yo, desnudo y solo,
sobre una roca, frente al mar, aguardo
el mañana, ¡y el otro!...

¡Horas amadas

no nacidas aún! Ansias secretas
de esa perfecta orientación humana...

Tierra de amor, en lejanía —siempre
llena de luz para mis ojos crédulos—,
en estos campos sin color, mi alma
tiene el eco engañoso del Desierto...



En el azul están mis ideales
tan invisibles como las estrellas
en este atardecer... ¡Y sin embargo,
allí brillando están eternamente!

Campos de Gran Canaria, sin colores,
¡secos!, en mi niñez tan luminosos...
¡Montes de fuego, donde ayer sentía
mi adolescencia el ansia de otros lares!...
Soledad, aislamiento, pesadumbre...
El corazón siempre en un punto misterioso
y el alma sobre el mar ¡blanca!... ¡El velero
que no pasa jamás del horizonte!...

SEIS AÑOS DESPUES

PIENSO en un muerto amigo. Esta mañana
han sacado del nicho su esqueleto,
por colocarlo en una tumba nueva
que guardan cuidadosos angelotes.
Un deudo de la casa ha dirigido
la traslación con un estilo fúnebre;
y aunque hace ya seis años de la muerte,
el deudo tenía triste su semblante...

El sol rompió las nubes otoñales...
Y la losa de mármol, bruscamente,
cerró la tumba... Pero ¡el golpe no era
como aquel otro que sonó aquel día!...
Un golpe sin dolor, indiferente,
un golpe sin pasión... Las emociones
tuvieron su lugar, y ya pasadas...
¡nunca segundas partes fueron buenas!...

El camposanto se ha quedado solo;
los angelotes al amigo guardan,
y en la mañana azul, las tumbas tienen
una amable visión de regocijo...

¡Ah los guardianes de esta casa seria
donde hemos de pensar del mismo modo!...
¡Estas manos de mármol que señalan
la ruta de los muertos a los vivos!
Benditos angelotes, tan seguros
de la misión que os han encomendado:
señalar siempre a un cielo gravemente,
y hacer meditación sobre una gloria...

—¡Yo quiero muchos curas en mi entierro
y un angelote así sobre mi tumba!...

—dijo festivamente el muerto un día...—
Ved cómo se cumplió...

¡Qué divertido!...

DENTRO DE UN SIGLO, AMIGO...

DENTRO de un siglo, amigo, ya estaremos
bajo la tierra, por fortuna, todos.
No hay que apurarse, pues; gozar el día
es lo mejor, sin inquietud alguna.
Si hay azul y un buen sol, el alma entera
florecerá de amor y de alegría;
si el cielo está nublado... buscaremos
la tristeza más cómoda al espíritu.

Perfecciona tu modo dulcemente;
y pon en cada cosa, lo adecuado.
Una triste dulzura ante la muerte
y una alegría mansa en lo dichoso...

Exclama: —¡Hermoso sol!— en esos días
sonoros del verano. En el invierno:
—¡Cuánta melancolía en esos valles,
sobre esos montes que cubrió la nieve!...

HAS DE RESIGNARTE AL FIN

PARA lograr la calma, en estas cosas
del dolor y el amor, y del monótono
camino, tan lejano, que en mi vida
puso la suerte sin piedad ninguna,
hube de aclimatarme con aquella
Dama del mar... Y ahora responsable
soy de mi seriedad y de mi idea...

Mas como busco el modo de la muerte,
trabajando constante en su secreto,
es porque ya no tengo la armonía
de aquella juventud toda de auroras...

Verás: el sufrimiento y la amargura
jes la ignorancia!

Hay que volver de nuevo
y entonces el cerebro es otra cosa...

Un amigo ha partido esta mañana;
yo he cerrado sus ojos que, tenaces,
porfiaban por mirar lo que perdían...
¡Y es que no supo aclimatarse nunca...
y como la sirena sollozaba!...

UNA INGLESITA HA MUERTO...

HOY ha muerto una inglesa, la han llevado
al cementerio protestante, envuelta
la caja blanca en flores y en coronas,
y el pabellón royal, como un trofeo,
lucía entre las rosas sus colores...
Un pastor anglicano le ha leído
toda una historia, al destapar la caja...
La colonia británica, elegante,
discreta y grave, no torcía el ceño...
Solemnemente el acto fue pasando
sin dolor y sin pena bajo un cielo
español. Más correctos y pulidos
estos amables hombres desfilaron
ante la muerta... ¡y deshojaron rosas
sobre la figulina adormecida!...
Uniforme la marcha, la tristeza,
el tono de la voz y el movimiento
del brazo... una lección bien aprendida;
¡la exquisita medida de sus modos!...

Y la muerta, a la tierra fue tornada...
Sola, al país del sol, llegara un día

y ni amantes ni hermanos, los azules
ojos cerraron... ¡Los azules ojos!...

¡Todo lo azul de esta Britania grave!

VUELVE A VER A SU AMIGO EL MAR

HERMANO mar, he vuelto... ¡Tantos días
de soledad en el hogar enfermo!
¡Qué lentitud la de las horas! Este
reloj del comedor ¡tan viejo! apenas
andaba, y luego el vaso del remedio
sobre la mesa sin vaciarse nunca...
Y ante nosotros el ropero oscuro,
donde guardamos nuestra pobre veste,
era, a la media noche, como un trago
que aguardaba un instante decisivo...

¿Cómo estará mi mar?... Y tus rumores
llegaron a mi lecho suplicantes,
y el infinito de tu azul sonoro
tenaz me reclamó... ¡Mas no podía,
que el corazón andaba por senderos
remotos, en un viaje aventurado,
y tuve miedo, hermano mar, de hallarme
cerca de la llanura subterránea!...

Mas hoy ya torno sin las fuerzas viejas,
único amigo, a confortar mi alma:

tú sabes que yo soy un pobre niño
de muy poca salud, y es necesario
que me prestes la ayuda de tus vientos
para llenar mi corazón vacío...

Hermano mar: tú cuidarás mi vida,
tú me devolverás la salud buena
y pondrás en mis ojos la luz fuerte
para los horizontes y los llanos...

Tú me darás del sol las fuentes rojas
en estas horas matinales, cuando
el viejo padre nos ofrece todo...
Y yo tendré la sangre primitiva...

FINAL

... **Y** sin embargo, sé que esta mi vida
de mansedumbre y de dolor sereno
no será larga... que el Espectro pone
sobre mis años la medida exacta.
Y este buen corazón, que hace lo manso
de mi carácter, y consuela siempre
la vulgar amargura de las cosas,
será el motivo, para la Posada
donde haré noche eterna, sin remedio...

—Amigo corazón: yo sé qué día
tu débil armazón ha de romperse;
cuándo será el reposo de estas horas,
¡aprimadas a una ley de raza!...
Porque sé que es así, te he gobernado
la ruta de emoción, del mejor modo;
y un blando amor, sobre la Tierra Madre,
dejas en los instantes reflexivos,
cuando en sereno discurrir, aguardas
tu participación de Fortaleza...

¡Tierra de fuego!... La lejana tierra
de la salud te guardará... ¡Los montes
eternamente secos, y el silencio
áspero y rudo de estas soledades!...

.....

APENDICE A
EL LINO DE LOS SUEÑOS

VERSOS DE LA PRIMERA MOCEDAD



TODO TERMINA

• **E**L huerto de mi alma tan sereno!
Ya la silueta blanca se ha marchado
por un sendero, lejos... Ya las horas
en un tropel violento se han juntado,
y en torno a mí, como un enjambre loco,
ciegan mi corazón, el bien amado...

Todo termina. ¡Adiós! Ya sé que tengo
un nuevo ensueño en el azul lejano...

CANCION AMOROSA

Y tu boca sonreía
—un clavel de Andalucía.—
Y a más de esos labios grana,
tus pupilas, en que había
toda la melancolía
de una leyenda gitana...

Y era en tus ojos, la pena
todo el dolor de vivir...
¡Ojos que han visto morir
el sol de Sierra Morena!

Ojos que saben de arcanos,
de unos ensueños lejanos,
de tristezas, de la luna,
¡ojos que guiaron una
caravana de gitanos!...

Y eran como mariposas,
negras, de alas luminosas,
que un ocaso abandonara

el amor, sobre las rosas
de tu cara...

Ojos tristes, soñadores,
cabecita negra y loca
que escondías tus amores
en las fresas de tu boca.

—¿Sabes de vida futura?
¿Ves el porvenir lejano?
¡Pues aquí tienes mi mano,
dime la buenaventura!

LA JAULA ABIERTA

¿DONDE está el ruiseñor que se ha marchado
dejando mi alma abierta al Infinito?..
Corazón-ruiseñor; ahora, allá lejos,
recordarás tu jaula de oro fino...

Mi alma no tiene tu cantar sonoro
que una mano fatal, te abrió el camino:
¡el Mar!... ¿Y sabes si las alas tuyas
son hechas para el mar, o para el nido,
pequeño corazón, que encerré un día,
como un pájaro de oro en mi cariño?...

MADRIGAL MISTERIOSO

EN las sombras de tus ojos
dejé ayer noche un secreto:
por eso están tus miradas
de amor, arrullando un verso...
Esta noche arrullarán
las estrellas de mi cielo...

La luna entrará dormida
por tu balcón entreabierto;
tú asomará las pupilas
para contemplar el sueño...
y verás cómo una vieja
triste, vestida de negro
va, sombría, deslizándose
por el callejón desierto...

¡Y pensarás temblorosa
en un lejano recuerdo!

Las viejas son unas brujas
que dan a los niños miedo...

7

Y cerrarás poco a poco
el balcón, lo abrirás luego...
y volverá a entrar la luna,
para acompañar tu sueño...
y no pensarás en nada...
y será todo silencio...

No se oirá en la noche clara,
sino el golpe de tus dedos
sobre el balcón...

¡Oh los suaves
golpes de ritmo sereno
bajo el claror de la luna
en un callejón desierto!...

A MARIA

¡QUIEN pudiera volverte tan sana,
¡tan sana! como el corazón
que lleva clavados tus ojos, clavados,
a pesar del olvido, y a pesar del dolor!...

¡Quién pudiera tenerte hilandera
del sueño futuro, que nutriría el sol
si tus manos hilaran humildes,
como una aldeana, el blanco vellón!...

Si supieras mirar a los mares
con una más recia mirada de amor,
y pudieras dormirme en tus senos
sin besarme mucho...
¡sin besarme mucho!... desliendo sólo
la luz de tus ojos en mi corazón!...

HABLANDOLE DEL CORAZON A SU AMADA

YO puse el corazón en vuestra mano
como una piedra fabulosa y rara:
un inmenso rubí, que en un lejano
Imperio de Dolor, Amor hallara...

Porque en vuestra pupila temerosa,
brillara la codicia, fue el ponerlo.
Mas una fuerza dulce, misteriosa,
vuestra mano cerró, sin vos quererlo...

Y hoy, al volver las horas del pasado,
es más tenaz la sombra del divino
momento, que renueva la ilusión.

Mas al tornar al sueño me he encontrado
vuestra mano truncada en el camino...
¡y dentro de la mano el corazón!

LOS ROMANCES ORALES

EL ZAGAL DE GALLARDIA

A GERMAN BAUTISTA MARTIN

POR aquellos campos verdes
una zagala venía.
Traía cabellos de oro
que luz de sol parecían.
Quien miraba sus cabellos
presto los ojos perdía;
era de nácar el cuello,
la cintura delgadina...
¡tras el broslado jubón
reposito se presentía!

Zagal que la vió acercarse
en su lado se ponía:
—Princesa, la más princesa
de toda la pradería:
suéñome muerto de amores
por la vuestra galanía.

—Si os soñáis muerto de amores
culpa dello no tendría,
que nunca os hiciera muerte
de verdad ni de mentira...

—Si no me dais vuestro amor
más pronto me moriría.

—¡Yo te daría mi amor,
el zagal de gallardía,
si me traes el lucero
que por el alba salía!

—Zagala, aquese lucero
yo ahora te lo daría;
sin tu hermosura, el lucero,
el lucero no sería...

—De otro lucero, zagal,
tiene deseos mi vida,
que el lucero que has nombrado
es muy poco todavía...

El zagal miró a los cielos
y el lucero no veía.
La zagala sobre el campo,
sobre el campo se tendía;
por cima las hierbas verdes
los cabellos esparcía...

—Zagal, no busques ahora,
que ahora no hace salida;
toma este peine de plata
y los cabellos me guía;
si me los guíares bien,
yo mi amor te daría...

El zagal guió cabellos,
con mucha cortesanía;
¡cada vez que los guiaba
el prado resplandecía!...

—Tate, tate, zagalillo,
déjame de hacer tu guía.
Torna los tus ojos lindos
por sobre la cara mía...

El zagal tornó los ojos
por no hacer descortesía.
La zagala le miraba
con muy grande picardía...

—No tengas, el zagal, miedo
que no te hago brujería...
La tarde, que era de mayo,
moría en la lejanía;
¡hizo parangón de oros
con el pelo de la niña!

—Zagal, mi zagal, ¿qué vedes?
—la doncella le decía—
Y el zagal miró en la tarde
lo que vez primera vía:
¡dos cosas que no diré
y que del jubón salían!...

Apriesa llegó la noche,
collar de estrellas ceñía...
¡El zagal y la zagala
hicieron buen compañía!...

LUCIA

A ADOLFO MIRANDA

POR aquellas praderías
vía una tarde pasar;
jubón bordado traía
y era su cara un rosal.
Llevaba dentro los ojos
una dulce claridad:
claridad que era celeste,
¡nunca lo pude olvidar!
A la tarde que moría
le dió su boca un cantar,
y hubo un rumor de palomas
tras el jubón palomar.
¡Dios, qué bien parecería,
al sol que se iba a ocultar,
que dió más oro a su pelo
y más rosa a su rosall...

—Por estos montes, señora,
la romera, ¿dónde va?

—Voy a bodas, que mañana
yo me tengo que casar.

—No te cases, romerita,
que mucho voy a llorar,
y si te casas con alguien
conmigo te has de casar...

Romerita, di tu nombre
para en mi alma lo guardar.

—Señor, me llamo Lucía
y soy del otro lugar...

—¡Oh Lucía, Galancina
te debieras de llamar:
Galancina, Galancina,
bija del Conde Galán...

Ella fuérase cantando,
como una loca, el cantar...
Y la noche fue llegada
¡y no volví a verla más!

COLOQUIO EN LA SIERRA

(Porque ha visto a Delgadina recatar en un liencillo blanco los negros cabellos que antes había lavado en un arrollo, Sancho el zagal, tan gordo como el famoso escudero, dice:)

DELGADINA, tus cabellos
en un liencillo recatas...
Por ser tan obscurecidos,
si en el viento lo soltaras,
más que pronto, Delgadina,
fuera la noche cerrada.
¡Quién pudiera tener noche
con princesa tan gallarda!
—Más presto la noche fuera
si os ponéis al sol de cara,
que panza de tanto bulto,
hasta diez soles tapara...
—Ya tu querer va poniendo
muchas penas en mi alma;

como los hilos del huso
me vas a encontrar mañana...

—Espero, pues, mi señor,
a ver si te me adalgazas,
que no quiero noche oscura
sino mañanitas claras...

¡Mañanitas de la sierra
que son como rosas blancas,
y el buen sol, que llega apriesa
de otras tierras más lejanas
como si se hubiera hecho
tarde para la alborada!...

Quiere partirse la moza,
que es mal galán quien la ataca,
y ella no rinde sus sueños
ni a mercedes ni a palabras;
que el zagal que porta el beso
al pie de la sierra aguarda
y hacia la sierra se parte
llena de besos del alma...
Corre, corre Delgadina;
pero ya Sancho la alcanza,
junto al arroyo del fresno
donde Dorotea estaba...

—No te vayas, Delgadina,
que si eres mi enamorada,
yo te mercaré un jubón
que esté broslado de plata,
para que cuando suspires
rumor de palomas hallas

al través del *palomar*
que amoroso las guardara...

—Yo no soy tan deseosa,
mi galán, ni tan cuidada;
y esos rumores que dices
de palomas, no me faltan.
Mi jubón de cotonía
para esos rumores, basta;
que no es condición de sedas
sino condición de almas.
¡Y el zagal que se reposa
sobre el pecho, a la mañana,
lleva muy buenos decires
dichos, desque reposará!...

—Yo también te los diría
si tal merced me ordenaras,
y luego te compraría
para tus pies unas calzas,
que siendo todas de seda
no se oyeran tus pisadas...

¡Pies que no son para andar
sobre terrones, Delgada,
no es prudente que los portes
cual los portan las villanas!...
Prisiones de mis amores
son los ojos de tu cara,
y al corazón se ha prendido,
como una ajorca, tu alma!

Para tus pies de cristal,
serán mis manos las calzas;
para tus sueños galanos,
trovero me comportara...
En los ojos de la moza
hay una dulce mirada...
¡Los cielos van a ponerse
más azules!... Las palabras
van brotando de los labios
mansamente, como el agua.
—Yo no sé como te he oído
las tristuras que me cantas
sin haber puesto en tus labios
cortesía de mi gracia...
Mas aunque afanes tuviera,
sólo en afanes quedara,
pues por llegar a tu boca
¡hay que salvar la montaña!
Corre, corre Delgadina,
¡mas ya Sancho no la alcanza!...
De la lejanía viene
el sollozar de una flauta...
Y la tarde, en el vellón
de las montañas lejanas,
primorosamente pone
una leyenda dorada...

DOROTEA

A FRANCISCO GONZALEZ DIAZ

¡CUANTAS eran las doncellas
que por la sierra venían;
reluciendo como estrellas,
como las rosas garridas!
La más pequeña de todas,
fruta sana parecía:
viste saya colorada
y jubón de cotonía.
Dos piececitos de nácar
lleva descalzos la niña
que las calzas se partieron
en l'última correría...

¿Adónde va la doncella,
adónde, la vida mía?
—A aquel arroyo cercano
que está junto a aquella enciná;
allí mis pies lavarélos,
que yo limpios los tenía.

—Quién fuera el agua, doncella
para hacerte una falsía;
por estar lavando siempre,
yo nunca los limpiaría.
Yo te compraré unas calzas
de seda y de plata fina
si platicases conmigo
dos horas en la montiña...
—Yo no voy, el caballero,
que la honra yo traía
y la honra he de llevarme
aunque me cueste la vida.
—No te partas, mi doncella,
no te partas todavía,
que yo no soy afanoso
en quitar honras a niñas...
—Sí, me parto, el caballero,
que la noche se avecina
y es San Juan y está la luna
apuntando la salida...
—¡Si fueras a aquel arroyo
la leyenda volvería!
Corre, para ver, doncella,
¡cómo don Alonso víal...

Ella fuérase corriendo
al arroyo de la encina.
¡El agua saltó en sus pies
con halagüeñas caricias,
y se fue tornando de oro
por el sol que se ponía!

EL ROSAL ENCANTADO

HAY un rosal en la Sierra,
que en invierno está florido:
el que aspirare su aroma
pronto se queda dormido
por soñar con los ensueños
más celestes que se han visto.
Una mañana de invierno
lo aspiraba Landarico:
por aspirarlo quedó
entre las rosas cautivo.
Y ya en sueños el zagal
oyó una voz que le dijo:
—Pastor, el más primoroso,
tú te casarás conmigo,
que yo soy muy deseosa
de tenerte por marido...

Luego viene una serrana
con rostro bien parecido;
los cabellos sobre el hombro
lleva en dos crenchas partido,

muy corta la faldamenta,
por mostrar lo más garrido,
y en los ojos, una gracia
llena de candores pícaros...
El zagal la contemplaba
con temblores primerizos
mientras abre la serrana
las ventanas del corpiño.

—Zagal, si las manos tuyas
son hechas para el cariño,
y en tus labios las palomas
pueden reposar el pico
porque ellas saben que allí
se encuentra el grano escondido,
deja el ganado a la tarde
y vente a solaz conmigo...

La serrana en medio el sueño
tornóse por donde vino;
el zagal no pudo asirla
y quedóse pensativo
viendo como retornaba
de lo soñado a lo vivo...

.....
¡El rosal no tiene rosas,
el rosal está marchito!...
Rosas blancas, rosas blancas
en invierno han florecido;
¡ya no hay aromas ni tiene
bajo las rosas cautivo!...

Al rosal de los Ensueños
le hicieron un maleficio...

II

LOS CAMINOS DISPERSOS

*Odio l'usata poesia: concede
comoda al vulgo i fiosci fianchi e senza
palpiti sotto in consueti amplessi
stenderi e dorme.*

Giossue CARDUCCI

(Odi barbare).

*Sans passion, l'homme n'est qu'une force
latente, qu'une possibilité, comme un caillou qui
attend le choc du fer pour rendre des étincelles.*

H. F. AMIEL

A LUIS DORESTE, EN PARIS.
Noble poeta, amigo único.

CAMINOS DE PAZ DEL RECUERDO

*(Playa. Lunes gris.
Hora del alba.)*

A MANECER de Octubre.
La playa tiene
la vanidosa gracia
del arco iris.
Ha caído del cielo
esa lluvia infantil y tímida
que no quiere llegar al invierno
porque aún tiene rayos de sol que la acarician.
Todo el amanecer
es de una extraña pureza antigua.
El arco iris.
con una brillantez de alegoría
curvaba con su seda el vientre enorme
del agrio nubarrón que encadenaba al día.
El mar es como un sueño de mañana
—tal su borrosa paz íntima—
como ese sueño blanco y breve
del hombre de oficina
que quiere dormir siempre

un epílogo de sueño
antes de la ablución sacrílega.

Mi corazón que es ya apenas
importante en la línea
sentimental de las cosas,
sin embargo sentía
una discreta emoción marinera
y casi una tentación metafísica.
Pero quedóse al pronto
tan turbado y triste
porque volvieron los pasados días
a recordar las horas solitarias
frente a esta playa perdida...
Y entonces fue como una sombra extraña
entre la turbia claridad dormida.
¿Era el recuerdo?... ¿Mi camino, entonces,
mayor dolor y soledad tenía...?

II

*(Claro día. Hogar.
Vienen las emociones
de ayer.)*

EL viejo mayordomo,
Juan, el de Guayedra,
ha venido a traernos
las doradas uvas de su viña...
Las muchachas pequeñas
lo han sentado a la mesa familiar
y el viejo ha recontado nuestra infancia
de la que apenas hay recuerdo cierto.
Lleva el viejo en la frente,
que es como un campo antiguo y sosegado,
ochenta años de piedad agraria;
y aún sabe, como ayer, nuestros caminos
que su mano leal guió mil horas.
Y dice, pacíficamente,
como una sorda campana
de mediodía caluroso y turbio,
que una tarde lejana,
camino de la ermita
de la Montaña



rugió la tierra como un dios herido
y el hombrecito —yo— todas las mozas
temblamos de pavor, menos la hermana
de los ojos de mar, la más pequeña,
esta que tiene sobre el hombro mío
las dulces manos de la madre muerta.
Todo lo aviva el viejo
pero lo más perdido
mejor le nace en su memoria y dice:
«Esta es Paulina, la recuerdo ahora
porque está junto a tí. Yo le cuidaba
sus cuatro años de oro... El nieto mío
era moreno como el pan de trigo
que nutrió en casa una salud de árbol...
Perdióse el nieto por el valle dilatado
del silencio... Decías cada hora:
Este mozo galán
será mañana el bello novio mío.
¿Te acuerdas? ¡Ocho años! ¡Ocho años de amores
sin saber que no es paz la muerte niña...!»

El viejo cuenta. Y como el día es corto
y la noche se acerca y él es viejo
se duerme en el sillón de antigua leña
lugar de todos los abuelos muertos.
El oro del sol
en las campiñas remotas se extiende.
Luego, busca refugio en los cabellos
de Paulina. El campesino amigo
espía en el sueño nuestra infancia entera.
Y la moza, en los surcos de su frente,
le siembra la semilla de sus besos...

III

*(Día blanco y puro.
Segunda emoción de ayer.)*

MARIA acaba de llegar. ¡María
es hoy una mujer que ha perdido
la luz, el sueño y el perfume!
Nada queda en María.
Sólo los negros cabellos
que ahora, como ayer, son de la noche.
María fue la moza
que lavaba la loza doméstica
y regaba el rosal de la huerta.
María es la primera de las mozas
que me llama y me lleva de la mano.
En la casa nuestra
María era el cobijo y el calor de los cuentos.
Vino del Valle Azul y era muy blanca
y rosa y fuerte, como las zagalas.
María, temerosa, no tuvo
valor para mirar a los señores.
Sus manos sobre el halda recogían
toda la timidez de su mirada.
Pero más tarde fue mirando el cielo

de la ciudad y sus ojos se avinieron.
Nosotros no adoramos a ninguna
mujer que nos sirvió, como a María.
Ella arropaba el sueño de la infancia;
ella, mientras rezaban los mayores
junto a mi lecho, los inviernos crudos
protegía mi sueño mentiroso.
Yo cerraba los ojos,
no dormía.
Mas, si ella se marchaba, los abría
súbitamente.
Ella tornaba clara,
como una luz, pacífica, divina...

Hoy vuelve y ya mis años se han nutrido
de mucho sol y mucho mar. Mi frente
lleva la huella de la noche eterna
que cruza tercamente sigilosa.
María llega con sus cuatro hijos,
nos llama *niños*, besa a las mujeres
y al volver hacia mí, tiende su mano
que es aldeana, áspera y materna.
Viene un recuerdo nebuloso... Todo
se agolpa en mí con un temblor de sombras
y busco triste, pensativo y puro
la lejana actitud inmaculada
del vientre primoroso que han herido.

María pone las palabras nuevas,
de su voz nueva, sobre mi silencio.
La voz descubre la energía ruda
de su maternidad de aldea noble.
La tarde está en los ojos de María

y en los hijos de cobre de María.
La brisa de los valles recónditos
la traen en los labios
como gotas de agua de la noche
sobre las hojas amanecidas.
¡Oh, el dolor del ánimo pequeña!
¡Oh, aquella timidez antigua!
Cuando las noches eran tan profundas
como hoy es la memoria del pasado
y en los cristales del balcón, el miedo
del duende
espiaba escondido mi sueño,
el de los ojos abiertos,
María iba a mi lecho y me cuidaba.
¡Yo era más niño que mis propios años!
—¡No te vayas, María! Cuando recién
te marcharás...!

María me besaba
y se llevaba el miedo entre sus labios
cual si chupara sangre de una herida...

IV

(Camino turbio. Amanecer
impuro.)

TU voz soltera ha sonado
en mi lecho esta mañana.
Pero cuando abrí los ojos
de mi alma condenada
no tuvo fuerzas mi mano
porque en tu voz te amparabas.
¿Cómo, en el camino duro
donde las voces se apagan
pudiste guardar la tuya
tantos momentos intacta?

Quise un instante que fueras
Amor
extraordinario de llamas
donde yo pudiera arderme
sin salvación. Mas callabas.
Quise conjurar el sueño
de tu voz —maleficio del alma—
y temblé, por si salías
de la prueba, aljofarada
de pudores iniciales...

Pero callabas.
Si tu corazón se eleva,
tu pensamiento lo ataja...
Al fin resonó tu voz
lejos de tí, como un humo
de voz sagrada:
*Estoy contenta de estar
sin una herida en el alma:
Como el mar y como el prado
de los cielos, libre y amplia*.

V

(Camino del mar. Elegía.
Día sereno.)

¡EL Capitán inglés...! (¡Oh!, no penséis
en otro Capitán). Perdió su vida.
El jamás hizo sino cuentas claras,
escribió cartas coloniales, firmas
de cheques, pero a veces
ayudaba al cajero escocés
a contar los dorados discos de las libras.
Mis manos, entonces, trabajaban
entre ingleses rollizos, torpes y moralistas...
Rowe era rojo
como una llama en un fanal sumisa;
silencioso y sutil, como un reloj británico,
temeroso del grito español, como una niña.
Una tarde el inglés me dijo: Ahora
yo me marchó a Inglaterra. Sonreía
porque era la primera vez que hablaba
de cosa ajena a libros de oficina.
¡Era un maestro egregio y valeroso
del Diario y del Mayor!
¡Cómo ejercía el oficio!

Amplio libro de rayas
lampiño y blanco, Rowe nos parecía.

¿Y después? Una carta misteriosa
llegó de la campaña, sorprendida
de traer amistad. ¿Cómo ha podido
esa mano volverse tan amiga...?
«Yo, mister, tengo buen recuerdo suyo,
aunque mi frente
tiene un tachón de herida;
casco germano que ha labrado un surco
por fuera, como dentro,
el pensamiento lo labró otro día.
¡Yo no puedo olvidar su playa alegre!
Me acuerdo de su mar... retornaría...»
Y el secreto de su alma
pacífica, sin error,
como un balance de sumas limpias
frente al negro temblor de la muerte
descubría...

Mas no podrá volver, aunque se acuerde,
que su memoria ya no es de él que es mía...

¡Oh, dear Rowe, mis horas de hombre inútil
chocaron con el gris de tu sonrisa:
yo pensé, entonces, que la niebla inglesa
de tu extrañado corazón fluía...!

VI

(Cruzan los recuerdos sobre
el camino claro. Día lejano.)

MI gran amigo el asno
que cargaba el carbón de mi otro amigo
el carbonero de la Plaza, un día
paróse ante la puerta de la oficina inglesa
donde amasaba yo, pan hipotético.
Es tan claro el recuerdo y tan gracioso
que llena mi camino de ternura.
Alzó el asno su hocico,
gallardo y sagrado, como una tiara
y lanzó un alarido
que entró por la Caja
y se estrelló en el *Private office*
sobre una pared estucada.
Los presumidos horteras
que tienen ese muy menguado oficio
de reducir las libras áureas
—esas libras
independientes y bravas—
a la moneda diminuta
de otra nación cesante y malpocada,

al oír el rebuzno rieron,
como mozas de taller alborotadas.

El asno, ¡oh Francis James!
llevaba
sobre el lomo el carbón
más ligeramente
que yo llevo
este pequeño dolor de mi alma.
Tenía el loado color de Platero
pero en la boca, una extraña
negrura hecha polvo
de mascar la paciencia
de su carbón, tan larga...

Y aquel asno era
mi dulce compañero Juan, el muerto.
A saludar venía su anterior morada.
Yo me acerqué a la puerta y vi en los ojos
del asno fiel, una antigua mirada
y una viveza nueva y misteriosa
que daba a su testa claridad extraña.
Y el pobre Juan en la vida no tuvo
ni siquiera una mediocridad regularizada.
Ahora, empero, casi goza
de una infinita paz de Nirvana.
Juntó el asno su hocico a mi oído
y exclamó con su voz de verdad, ya lejana:
«¿Pero sigues igual? ¡Oh afortunado!
Abnegación humana,
premio de eternidad, mejoramiento de casta.
Yo me siento feliz y con una
agilidad psíquica insospechada.

Aguarda como yo, que los caminos
sólo están en el alma.
Hombres de honestidad fingida
ante pupitres, yo los admiraba.
Y así subí tan dulcemente ahora
que el tránsito fatal fue como un sueño
de niño. La Muerte no es nada.
Espera, compañero
la noche o el alba,
mas sin caminos solitarios
ni dolorosas ansias.
Ven, como yo, por un sendero recto
a la invisible escala.
Te diré el secreto
en una palabra
que es toda la ciencia:
Aguanta hasta siempre. Aguanta y aguanta*...

VII

*(Día más lejano aún. Sol
de la infancia.)*

MI memoria se pierde más lejos:
Hacia el pupitre de un salón de estudios
con ventanales a un jardín de oro.
Una vez... se posaban fugitivas
las moscas del salón, sobre los libros.
Y como peregrinas, mis pupilas
iban del libro al ventanal querido
por la huella de luz que las alas minúsculas
como una espada de suspiro abrían...
Del ventanal al libro retornaban
ilusorio yantar buscando entre las hojas.
¡Oh memorial! Yo entonces perseguía
entre las letras del amargo libro
mi futuro yantar de hombre completo...

*La memoria se abre. Celebra
el Huerto de su niñez.*

Por la ventana el pensamiento huye
y en un rosal del Huerto se acomoda



y los rayos del sol, sobre las hojas
del libro mudo inútilmente alumbran.
¡Huerto de infancia! Fue el primer reposo
del alma libre que voló a escondidas
con unas imposibles alas puras
al perdido laurel, frente a los cisnes...
Huerto donde sonaron las campanas
libertadoras, una clara tarde...
¡Las campanas del curso que terminal
¡Libertad aromada con el Corpus...!

*Habla al Huerto la me-
moría emocionada.*

Amigo que guardabas tan discreto
todo el sonar del corazón, que siempre
tuviste sol para lavar el alma
manchada de corduras aritméticas.
Agua serena del estanque rosa
con tu oro vivo bajo el agua. ¡El oro!
Todo el primer motivo de armonía
para perder el tiempo como ahora...
Secretos de emoción —ojos divinos
de la amada más buena, ya lejana,—
que en el Huerto ocultamos porque nadie
adivinara el pudoroso sueño.
Cabezas rubias de las niñas nietas
cuando jugaban en el Huerto. ¡El Huerto
en traje de fiesta ataviado...!
Ansia infinita de salvar la vida
de aquel salón, para rasgar el cielo
los días tristes, e inundarte, Huerto
del sol maravilloso de estos mares...

*Evoca la plateada figura
del maestro muerto.*

Y cuando el pensamiento iba, pequeño,
por la vereda del deseo infante
unas manos serenas se posaban
en mi cabeza y una voz decía:
—¿Qué miras, hombre ruín? ¿Por qué no estudias?
¿Piensas acaso, que tu padre es rico?
¿No ves que estás perdiendo horas y horas
mirando el huerto sin mirar los libros?
Voy a mudarte de pupitre ahora.

Ponte junto al reloj... Y así fue hecho.
Mas los días corrieron y con ellos
mi pensamiento se perdió en la vida.
Libros que nunca abrí, libros intrépidos:
algo más dulce hoy me enseñó la noche.
Viejo maestro, el de la voz de plata,
tu figura la veo iluminada
por la luz de mi recuerdo vivo.
Cierto que fueron para mí tus manos
mucho más buenas que la ciencia exacta.
Al sentirlas en mí, adiviné esas cosas
que hoy dan orgullo a mi dolor inútil.
Esas manos guiaron el camino
de una bondad de superior prestigio.
¿Ellas me hicieron bueno? Mas ¿soy bueno?
No sé... Quizás otro lejano día
he de encontrarte en el Celeste Huerto
y serán tus palabras:
—¡Bien hiciste
en buscar la verdad, dentro del mío...!

VIII

(Camino de la aldea. Amanecer. Una mujer aparece.)

¿QUIEN eres tú, mujer? ¿Crees que pasa
mi corazón alegre porque sonrío y te miro?
¿Sonríes tú también y no puedes creerme,
tal que si fueras mi secreto mismo...?
Y es que no sabes que mis horas pasan
heridas por las manos del camino
y que el dolor me alegra porque el alma
perdió el dolor o lo creyó perdido.
El alma se halla conformada sólo
sintiendo cerca un corazón herido
pues que no sirve corazón sin pena:
porque la tiene se contenta el mío.
Mujer: se han de mirar los corazones
ajenos con el propio pensativo:
que el tuyo aprenda a amar mi amarga historia,
que el llanto aprenda su dolor conmigo;
que tengas sangre bajo el pie que hollaran,
las piedras duras por hacer camino...
Y luego, ven. Yo seguiré mi ruta
andando, andando, con mi amor furtivo...

IX

(Camino de la aldea. Mañana clara. Otra mujer aparece.)

¿OTRA mujer? Dorada y triste viene,
en los ojos la sombra de las horas...
¿Cuántos días tuviste
de tristeza pacífica en mis ojos?
—dice mi voz cansada.
Ojos amargos y solos
¿qué miráis cada instante tan lejos
que a su alma llena de dolor tan pronto?

Muchacha extraña y vaga: nada viene,
nada vendrá por el azul remoto.
Los sueños del alma no se alejan
ni un minuto siquiera de nosotros.
Pero déjame andar:
Tiene tu gracia corporal exceso de oro...

X

*(Camino de la aldea.
Mediodía. Una tercera mu-
jer aparece.)*

POR un momento un nuevo amor me tienta
en la tercera que salió al camino,
porque es más blanca aún y está llagada
del corazón que es un juguete.
Es un juguete, aunque el amor ajeno
una discreta utilidad de amores
ponga en su puro vaso cristalino.
He visto la luz de ese amor
por más que lo guarda escondido.
Contemplo sus ojos
y graciosamente digo:
—Al acercarte tú, ningún secreto
puedo mirar que no esté en tí dormido.
Mi camino es mañana: soy mañana.
Cuando despiertes, el ayer perdido.
Pero si aciertas que en mi encuentro extraño
tu corazón quizá una huella ha sido,
nada tu corazón hará mañana

que no lo acerque, tembloroso y niño,
a la melancolía del recuerdo,
a las dulces quietudes de mi olvido...

XI

*(Camino de la aldea.
Atardecer. Otra mujer aparece.)*

... **Y** ya seguía la ruta. Y otra moza
paró mi paso, más pequeña y sana;
el halda corta y el mirar discreto
por no saber cual es mirar de Amada.
Y dijo: «Soy Dulce María. Tengo
mi edad alegre y cercana,
mas quiero ser mujer y ser tu amiga:
tú me darás lección y yo esperanza...
—Dulce María presurosa, ¿quieres
tener más años antes de mañana...?
¿En una tarde oscurecer pequeña
y amanecer crecida con el alba...?
¡Oh, tú, mujer del sueño adelantado
que abres, sin tiempo tus pupilas ávidas:
veo que estás buscando entre las nubes
más años para tí... Si los alcanzas,
¿serás mejor mujer o son los años
iguales...? ¡Sólo un año tiene el alma,
un año tan pequeño y tan eterno
que los años de Dios, no importan nada...!

XII

*(Fronteras de la aldea.
Anochecido.)*

¡NO han sabido
donde puedo acabar este sendero!
Aunque sus ojos alumbrarlo quieran
les falta luz para llegar tan lejos...

La luz es tuya solamente, Amiga,
única dueña del Poder secreto...

¿Duermes? Quizás, porque en la dulce noche
me está rozando el corazón tu sueño...

XIII

*(Regreso de la aldea.
Final de la noche desolada.)*

GRITO de mi cabeza
que estás rebotando loco
entre las recias paredes
del cráneo maldito,
¿qué mano es esa, misteriosa,
que oprime de pronto
la invisible boca
y en pensamientos extraños
te ahoga,
y hace de tí, grito,
mar de sonoridades silenciosas...?

DOLOROSOS CAMINOS

I

(Calle solitaria.
Atardecer.)

SOMBRA ebria. Un amigo de ayer.
Calle de la ciudad; el oro
vesperal de un brusco golpe
se sumerge en el fondo
de la montaña azul.
El recuerdo brota en mi sereno olvido
como un punto de estrella, rojo.

El amigo arrastraba las cadenas de sus brazos
por las paredes de las casas. Era
cual si fuera a filtrarse silencioso.
No dijo *adiós* porque la boca estaba
claveteada de amargura y de enojo...
Es el amigo que no dice *adiós*
nunca, el amigo que lo olvida todo,
que busca la memoria mirando hacia dentro
como si buscara una moneda
en un bolsillo roto.
La sangre andrajosa de su estirpe
tiraba de él por el labio desdeñoso.

Yo sentí el roce de su silencio dilatado
atravesar tímido mi corazón absorto.
La mirada tardía
era como un horizonte de plomo.
¡Pero en aguas de su corazón
mojó un instante los ojos...!

La noche cruzó cerca. Pero hubo
un espacio de noche entre los dos y un poco
de amor antiguo. Pero la amistad
no acertó a ver la mano vieja en reposo.

Cogió la calle, se llenó de calle
y de portales oscuros como bocas de lobo.
Se arrastró por la acera trabajosamente
cual un corporizado sollozo.
Dejó olores de aromas mendigos,
un perfume de sangre de loco
que amontona las horas y se bebe las horas
con la sed infinita
del que aún tiene su tiempo remoto...

II

*(Tarde invernal. Frente
a la playa.)*

• **H**ASTA la orilla nada más! La noche
es como si a la orilla se acercara.
Hoy llego hasta la orilla
y se oscurece, súbito, el sol
sobre las aguas.
¡No es posible el camino!
He de esperar la silenciosa barca.

Y el pensamiento incómodo labora
en mí y no puedo perdonarte nada;
¡no puedo perdonarte esta condena
de isla y de mar, Señor...!

Una montaña
negra y una montaña azul, y tiempo...
¡Tiempo para contar estrellas en la noche
y quedar noche aún para esperar el alba...!

III

(Noche invernal. Las lámparas han muerto. Galerías estrechas.)

¿ES la hora profunda y verdadera?
¡No puede ser esa terrible hora todavía!
¿Pero esas siluetas de sombra que pasan?
¡Ese roce de hielo es la hora...!

¿Qué sientes...?

Dentro de una campana de oscuro silencio,
siento encima de mí derramar tierra;
pero oigo al través de la tierra
resonar las agudas palabras.
¡Y mis pupilas han quedado abiertas
y el ejercicio de su luz no acaba...!

IV

*(Alba. Las campanas del
alba perdidas en el silencio.
En el ventanal de la casa.)*

¿CUAL ha de ser?
¿Has de ser tú, Amada Muerte, aquella...
la que ha de darme toda
la mar para la sed del ánima...?
¿Y no ha de ser la otra
que yo más quise, mi salud lejana...?

¿Cuándo será el arribo?
Acaso mañana.
Mas no me importa si tu mano traes
para una compañía bienhallada.
Siento ya el íntimo calor
de tierra honda que en la mano guardas.
La fría transparencia
de marfil de tus dedos engaña,
pues el latido está en tu mano seca
como la sombra en la silueta humana...

V

*(Calle en el alba.
Caminar desolado.)*

¿PARA qué el alma...?
Pero sí, mi alma...

El alma pura
cual una remota y divina llama.
No esta condena corporal, Amigo:
tu cadena feroz, tu maldita cadena.
Rodará bajo el sol deslabonada,
tu propia mano ha de librarla un día
de la amarga y terrible certeza...

¡Oh, el día libre y luminoso,
el rojo día de la verdad completa...!
Mi corazón, liberto,
llegará al fin a la lejana senda,
a los celestes caminos privados,
a los linderos prohibidos de tu Huerta,
aunque no quieras tú, Señor,
aunque no quieras...

VI

(Calle comercial. Mediodía africano.)

DE pronto sentí un hastío infinito...
Parecía que de mi corazón iban saliendo calles,
calles rectas de una ciudad lenta y gris.
Sentí un rumor trepidante en el fondo del alma,
las calles tiraban de mi corazón.
Y esas voces de polvo, esas palpitaciones urbanas
de los hombres de hongo y de bastón,
removían acremente un pedazo de conciencia
que aún mantenía vivo el dolor.

Calle villana era mi vida inútil:
cuestas de piedras, yerba entre las piedras,
como alegrías viejas... ¡Un montón
de escombros en una encrucijada...!
¡Pereza de campanas de mediodía, sordas!
Y ese trabajo de hombres adormidos
por las cuerdas del sol que atan las manos.
Tal la visión del mediodía ardiente.

Hacia mi pobre corazón venían
las cosas de la calle,
esas vulgares cosas sin explicación
del que mete la mano en el bolsillo
o del que mira reflexivo su reloj.
Yo tenía dentro todos los relojes de la calle
y llegó a ser mi corazón
como un bolsillo que tuviera manos
llenas de aburrimiento y de sudor.
La calle, sucia, como plomo viejo,
hasta el fin de mi alma llegó.
Los hombres huían lentamente por ella
llevándose el tiempo
y dejándome un trágico espacio acreedor.
¡Nada!
¡Todo era como para lograr la Nada
otra vez! (Anotación
del pensamiento
creador).
... Pero siempre la Muerte, el hastío en el cielo.
¿Y la muerte? Quizás un hastío mayor.
Todo se prolonga como cualquier calle
y se mueren los hombres
también, como yo...
¡Se morirán de nuevo!
¡Morir es la nueva vía de la prolongación...!

VII

(Domingo. Camino
solitario de la aldea.)

ESTE niño está solo en el camino.
El niño es como yo, que tiene miedo.
Se va a perder y yo no puedo nada.
No tengo voluntad ni sentimiento.
Los infelices ojos me acarician
y llegan hasta dentro
pero no me remueven el alma...
Se han perdido, solos,
como en el mar los míos se perdieron.
El niño dice: ¿Dónde va el camino?
¡Siempre empieza este camino
sin acabar el comienzo!
Yo le respondo:
Es un camino nuevo,
a cada instante empieza misterioso
sin llegar nunca a ser camino viejo.
El niño llora, pero yo sonrío.
Y es que el dolor del niño está muy lejos
de mi dolor, que es un dolor cortado,
frío dolor sin sombras y sin eco...

VIII

*(Calle de la ciudad.
Caminar desolado.)*

UN jesuita pasa por mi lado.
Mira punzante y se va.
¿Me conoce? No importa.
Soy el gran enemigo local.
El sordo enemigo que no saluda
al obispo. La impiedad
corporizada.
Un mudo corolario
de pedantería liberal.
Demagogo, como el barbero de la esquina,
ateo espectacular.
Sanguinario, como un persa;
sindicalista, como un catalán...
Luego
mi celebridad
es sencilla.
En este lugar de ultramar
uno puede ser ilustre
con facilidad:
no saludando al obispo

y dejando la testa cubierta
cuando cruza su Divina Majestad.

Luchemos. Una tarde, un letrado
dice: ese idiota me revuelve el mal
interior, cuando lo veo
pasar.

Como un taladro, su memoria
desde la coronilla al corazón me vá.

Y ya véis, uno pasa
sin luchar,
pacíficamente,

como un anciano fiscal
y está luchando sin saberlo
con un abogado astral.

Corren los años. Uno no ha sido nada.

Se muere, sin variar,
después de haber fumado
su pipa

como un viejo marinero
a la orilla de la mar.

Y ha acabado su lucha.

¿Cuál?

La lucha de una sombra
con una posibilidad...

Orgullo. Llega la muerte del mes
y uno no tiene dinero. ¿Qué más da?

Pero compra un libro... uno...

Los *Ensayos* del Sr. de Montaigne.

Y la vida solloza entretanto...

Vamos camino de la ciudad
hojeando el libro,

como un número humano más.

Pero el médico obstétrico
o el especialista en el sendero intestinal
cruza con el hongo de sus aprobados
sobre la sombrera craneal.
Mira y —¡vanidoso!— exclama
desde el fondo de su ciencia de hospital.
Y uno va leyendo el libro
sin sospechar nada, en paz.
Y después viene esa cosa, oscura y fría,
que llama la Intrusa
el excelso poeta
don Polidoro María Bernard
y uno se vuelve hacia arriba
con una hinchazón lívida y teatral...
Y ese es el orgullo insospechado
de nuestra magnificencia terrenal.
El ojo psíquico del clínico
no falla jamás.

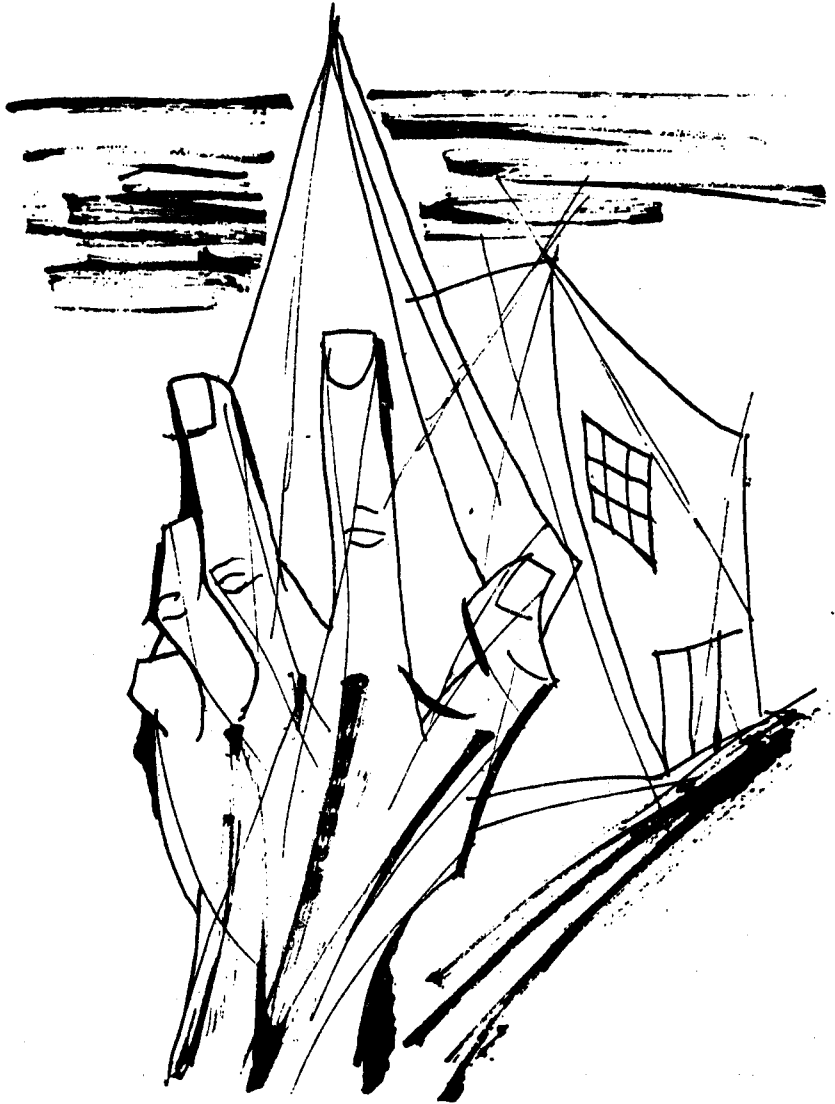
Y luego... necrófagos
y esqueleto final.
Ha pasado sobre nuestra vida
la estulticia de la historia provincial.
Pero hasta el mismo fondo del osario
roe la carcoma de la gris igualdad.
Y los huesos romos
luchan con la tierra vanamente.
¡Oh! si pudieran taladrar la tierra
ellos, infinitamente más
que un rayo celeste
hasta hallar
el hoyo más profundo
de la única entraña solitaria...

IX

*(Noche. Regreso. En la
ventana, frente a la sole-
dad de la noche.)*

¡A H, esa esquina terrible
Mi corazón se va, fatalmente, a la esquina.
La eficacia de mi emoción se corta.
Hay una esquina
de arquitecto rural, a cada paso,
en el alma de esta ciudad
donde estoy sumergido.
¡Esquina maldita...!

El sueño se trunca por el sobresalto
vil de detrás de la esquina.
Por el acantilado un día
rodó mi emoción hacia el mar.
Por el precipicio
de la montaña, un día,
se estrelló mi ilusión y se plasmó en la muerte.
La muerte es la visión de una pirámide
infinita y lejana



sobre la palma de una mano
más infinita aún...
La esquina es la asechanza
vulgar, el perfil humano.

X

*(Viento africano. Rumor
profundo de soledad agitada.
En lo alto del camino árido.)*

¡OH, el cielo baja
como una losa de tumba!
El corazón cautivo se desprende
y suena, alma adentro...

¿Ese hombre del camino
me extiende su mano?
¿Es que ve, como yo, el peligro infinito?
¿Es que está alto su cielo y me lleva a su cielo?
Cierro los ojos. ¿La mano me guía
por un inverosímil corredor estrecho?
¿Mis hombros no rozan las paredes oscuras?
¿Es esto silencio...?
Elévase el cielo.
Otra vez sobre la tierra
el viejo azul se ha abierto...
¡Es que yo era el espacio
y no sabía serlo...!

XI

*(Camino del bosque. Sol.
Mañana luminosa.)*

EL sol aparece, gracioso,
detrás de una nube... Vuélvese a esconder.
Una sombra de cobre brillante
me deja en la frente.
La mañana, mañana de Oriente remoto.
El aire, vivo y caliente.
Retorna el sol y se queda en los cielos
solo, día adentro.
Lava en los montes. Arena infinita.
Infinito mar.
Todo brota del alma
con un salvaje prestigio de resurrección...
Y sin embargo... hastío.
El diamante sutil de mi hastío
con maldad de muchacho, cortaba
poco a poco el cristal de los cielos purísimos...
¡Es demasiado bienestar, la vida!

XII

*(Día invernal. Refugio
en la biblioteca. Canción dis-
paratada y angulosa.)*

LLUEVE. Estoy acurrucado
en los estantes de la biblioteca.
Viene a mí el conocido caso
de cerebración inconsciente.
En la mano, Diógenes;
en la mente, el hongo
del médico vecino.
—¿Qué será de este hongo bajo la lluvia?
Mi corazón se estremece
al presentir sobre la copa
caer las gotas duras...
¿Así será —pienso—
la primera sinrazón de la locura:
Unas gotas de vidrio cayendo
sobre un cerebro-hongo, implacables?...
¿Por qué tengo yo este libro
en que se habla de Ninón de Lenclos?
Yo lo he comprado ahora,

hace un instante
junto con la República de Platón
y una comedia de Sir James Barrie
—Mary-Rose.—

Tengo el libro en la mano
y digo:— ¿Por qué el doctor
no se evade del hongo
si el hongo es una mano negra
y curva que aprieta desde la cabeza
al corazón?...

Un hombre con un hongo
está suspendido en el aire.
La mano-hongo lo levanta
como a un conejo apresado
el cazador.

Vuelvo a hojear los libros.
El libro de Ninón
me hace sonreír. Ninón era un filósofo
del Amor.

La veo vieja, conservada,
anacrónica y llena de sopor.
El hongo del médico
tiene la misma visión
de curvatura y de encartonamiento
de mademoiselle de Lenclos...

Llueve. Las horas parece
que se han puesto como los libros,
derechas, con el lomo hacia fuera.
Estoy entre las horas y los libros.
Me acojo a los libros
como si fuera un seno de amor.
Mi pensamiento es el propio estante.

Un libro aquí —Tolstoi—
Shakespeare allí. De pronto
el alma se desprende —Hugo—
y sube —Verlaine— Hoy
es un día ramplón.
El día de la nada. (Aniversario
de la Creación).
Todo tiene los negros y resbaladizos
contornos del hongo. Dolor.
Pero dolor vacío, cohibido, idiota,
volador...
Alzo las manos como un alumno
de declamación;
lanzo un suspiro dramático
y una maldición.
Y después, con esa vulgaridad doméstica
con que se recogen los hilos de un ovillo
de algodón,
meto la mano en el pecho
hacia el lado del corazón.
El corazón, amaestrado,
se acerca, como un gorrión.
Mis manos lo apuñan vivamente
y lo arrojan, como el ovillo,
por el balcón.
En la calle rebota
sobre el hongo del doctor
que entra.

Tableau.

XIII

*(Medianoche en lo alto
de la montaña. Serenidad
infinita.)*

¡SILENCIO!...
Silencio,
lazarillo piadoso de mi alma...

INTERMEDIO ELEGÍACO

Tomás Morales, Poeta.

SIEMPRE

(Camposanto. Frente al
sepulcro del poeta.)

SIEMPRE es la palabra última:
La honda palabra de la raíz eterna.
A tí se te metió el *Siempre* en el alma
como un harpón agudo que la fijó en la tierra.

Tu pequeña sonrisa,
tu sonrisa de niño
que tiene huertos dilatados
y una amplia casa gris
en el solar antiguo de heredad austera,
—niño que abre los ojos a los frutales ebrios
y alza hacia ellos las manos vivamente
con la novelaría de las sorpresas—
tu sonrisa tranquila es un hueco terroso
que ya el *Siempre* ha llenado de lividez perpetua.

¡Oh!, tu amor campesino por la humedad nocturna
se hizo humedad nocturna,



—¡la salud de la tierra sobre tu frente yerta!—

Y se cubrió de *Siempre*

el camino de tu pensamiento,
camino claro

como el bienestar de tu vida, recta.

¡Tu corazón se esparce ahora
lentamente, bajo la tierra...!

¿Qué fue de la graciosa dejadez de tu alma
que hizo del tiempo divino

una alba bolsa sin fondo

donde el oro

vertió tu mano joven y entera...?

En el arca hermética

donde encerramos tu cuerpo
de marinero rudo y pensativo,
penetró, cauteloso, el silencio.

El silencio es: *Siempre*,

con un velo negro.

¿Y después? Vanidad.

Imposibilidad. Tristeza.

Sobre la tierra y las flores

cayó la enorme losa

de los amigos literarios de la muerte...

Pero Dios no puede librarnos de nada.

Dios es una estrella lejana y pequeña;

yo miro la estrella y sonrío

porque acaso pudiera apuñarla en mi mano.

Te quedó solo y verdadero el *Siempre*.

Tus ojos cerrados

apretaban el *Siempre*

como un sollozo de hombre unos labios...

CAMINOS SILENCIOSOS

ESTE lugar de la historia
es como un lugar en ruinas.
Una rara impresión de Madrid
que también pudo ser impresión de la China.
El errante poeta
no logró nunca, aunque él se lo imagina,
arrancar del fondo del alma
el duro sollozo de su vida.
Y es un pedazo de visión intacta,
es una extraña mutilación lírica.
Parece la voz del poeta
un agrio estertor, que una mano amiga
va acallando, piadosa,
en las fronteras de la boca misma.

I

*(Mañana en la ciudad
forastera. Luminosa in-
quietud.)*

ESTA mañana tiene
esta ciudad cortesana
un color rubio, casi azafranado.
La luz de mis ojos
abre caminos de color extraños...
¡Qué estrecha, no obstante, es mi alma!
Quiero extenderla sobre los lejanos
contornos de la ciudad y apenas pasa
del tembloroso límite de mi mano...

¿En qué lugar está la perspectiva cierta?
¿En el rincón atlántico
sobre el solemne mar o en los caminos
de estos hombres rápidos
cuya es la hora tan breve
como una diminuta mirada de paso?...

Mi vida se sumerge cada vez
en el olvido recatado,

tenue, sencillo,
sin rumor de memoria, exacto.
Pienso y hablo:
«Mi alma es ya como una reliquia,
sin valor lejos del lugareño prado...»

II

*(Mediodía de la gran ciudad.
Camino sin fin.)*

OTRO día. Yo soy el hombre solo
de la ciudad. Este que va a mi lado
lleva una sonrisa, aquél un gesto
de dolor, en los labios.
Esa mujer sobre la boca, dos colores;
ese niño, un balón
como la luna llena, en la mano.
Mas yo no llevo nada. ¿En mi ciudad,
lejos, los dejé acaso?
La memoria recuerda:
¿Qué fue lo que dejé, que se ha perdido
entre los turbios recuerdos del alma?
¿Qué era lo necesario
en este momento
de seca soledad infinita y oscura?
¿De qué llenar este silencio huraño?...
Golpea el silencio mi corazón ansioso
por arrancar el grito emocionado...
¡Y el golpe suena como en los sueños fatigosos:
la mano dura sobre un yunque blando!...

III

*(Llanura castellana.
Atardecer.)*

¡SOLEDAD!
Soledad de este nuevo camino:
mi otra soledad de dentro, roja,
roja y caliente como sangre, ansía
tu dulce y dilatada mansedumbre...

Soledad del camino de esta tierra lejana:
que sea mi silencio tu intacto silencio.
(El alma esclavizada
de quietud fría y de dolor helado,
consume sus recuerdos
en un trágico exceso de ayer
y en la terquedad de un presente reacio...)

IV

*(Camino de otra ciudad
ignorada.)*

¡HUIR!
¡Ese adiós divino
a todas las cosas!
Adiós siempre, fugitivo.
¡Huir!
Es ahora la noche más amplia;
mi corazón recobra un frescor primitivo.
Entre el húmedo amor del alba silenciosa
vuelve mi encarnación de personaje tímido.
Cruzo por la ciudad
con mi fulgor más íntimo...
Y apenas siento el roce de mis pasos
en mi sereno corazón perdidos...

V

*(Calle alegre. Ciudad
blanca, iluminada.)*

NOCHÉ de Cádiz. Una sombra a mi lado.
El perro de bronce que es Castelar me sigue.
Larga sombra despierta, acuciadora
de los pobres viajeros solitarios...
¿Qué puedo hacer de noche en esta blanca
dulce ciudad de mármoles intactos?...

Rumores de alegría atropellada:
alegría de soles andaluces y usados.

¿Y por qué esta alegría
cae como un pedrusco inesperado
sobre el cristal de mi ánimo doliente?
¿Cierta es la eterna armonía brillante
de la ciudad, o es falso
su vino —vino de una alegría
supersticiosa y débil
que resbala cual restos de una lluvia
por la temblona gárgola de un labio?...

VI

*(Camino del puerto.
Noche de claridad africana.)*

TODO se agolpa en la existencia mía
sin llegar a fundirse. Ahito de silencio
las divinas palabras se precipitan
en lugar de brotar, por el camino
secreto
que tiene el alma,
hacia la recóndita cripta
del sueño
y de la nada infinita...
¡Palabras! Yo no sé lo que busco,
ni si es de puro amor o de rencor impuro
la llama que ahora siento arder en el alma,
ni si es pensativa
o desesperada
mi razón maldita,
ni si mi ánima es
codiciosa o esquivia.
Sobre el mar que mañana me llevará de nuevo

a las playas remotas
donde retuerce su esterilidad mi vida,
tiendo los brazos, y el sollozo inmenso
del mar agranda mi sollozo humano.

CAMINOS DEL MAR

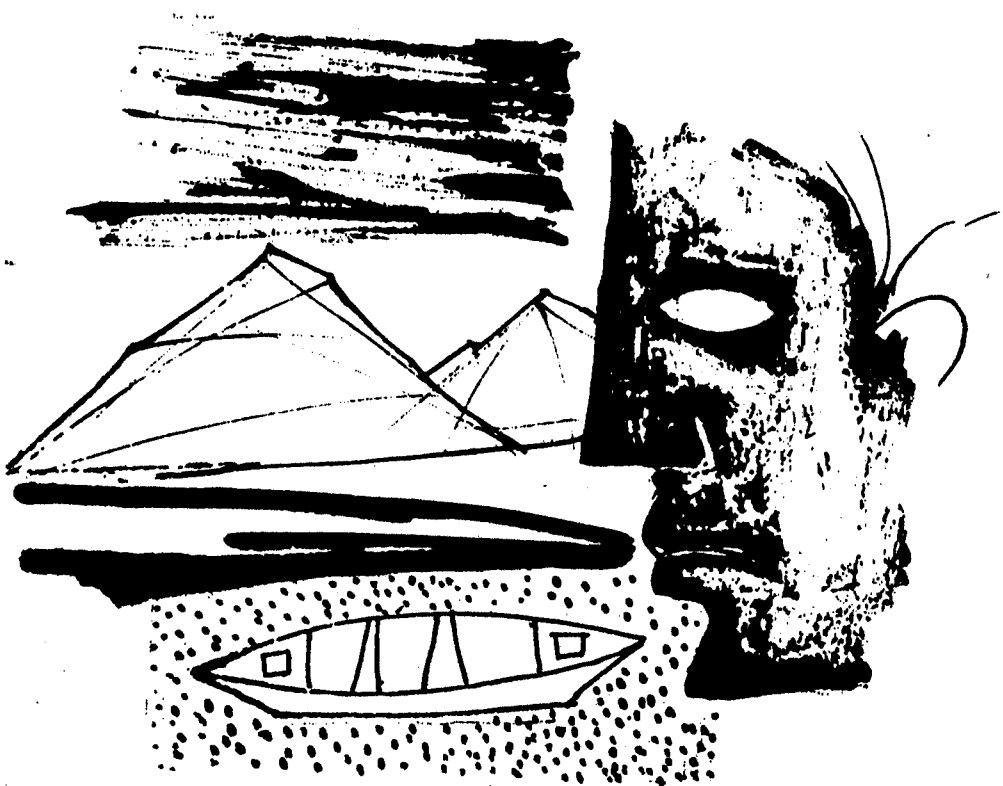
(Sobre el Atlántico.
Tarde tormentosa.)

MAR doloroso
de amor y de misterio,
voz eficaz para los corazones
del mañana seguro y eterno:
encarcelado siempre dentro de yo mismo,
voy sobre tí, para anularme, lejos...
Aunque todos aquellos lugares
tienen mil solitarios senderos,
no hay otro silencio reflexivo
allí, que mi silencio...
En la tormenta de esta tarde áspera
viene hacia mí el tormentoso sueño:
mi cotidiano laborar estéril
para alcanzar al fin la misma muerte
de doméstico dolor,
de abandono familiar
y de médico...
¡Oh, cómo vibra, centelleante y puro,
el relámpago gris de mis recuerdos:

II

*(Playa de la isla. Serenidad
inesperada del alma. Luz de oro
sobre el mar.)*

EN las orillas de esta playa negra
deténgome a aguardar silencioso el Retorno:
mi Retorno sutil.
El mar me enseña lo infinito
que hace al amor la pura consecuencia.
El mar es el maestro de lo serio,
de la salud y de la fortaleza.
Mi alma, sin el mar, sería un alma
sin porvenir en el Celeste Prado.
Aprende con el mar a forjar oro
de sol en las entrañas de tu vida
y a aguardar por el día las estrellas,
que es cuidar, económico, el futuro.
¿Mañana he de volver y en otra hora
he de quedar en el Misterio vivo?
Claronante, luminoso, eterno,
el mar vendrá a mi mano y de mi mano
brotará el mar que me enseñó el Secreto.
Amigo mar, el de las claras luces,



que acercan la esperanza y hacen puro
el pensamiento
como un puro horizonte;
yo he visto un día allí ¡oh mar sereno!
en la maravillosa lejanía,
arder mi pensamiento, dilatado
por la mano de un mar invisible.
Amigo el mar, que das las hondas nuevas
al corazón y limpias la pasión de la tierra;
amigo el más querido de la noche
pues siete estrellas de tu seno nacieron.
¡Oh, mar de prodigios! ¡Oh, firme certeza
de todas las cosas remotas y aladas;
diamante de violentas claridades,
inundación de pensamiento mío!...
Mar de la tarde, frente a la montaña
árida de la tierra abandonada,
¡cuántas veces el alma temerosa
del propio ardor se sumergió en tu seno!
Mar de la noche, el del sagrado sueño
sobre el herido lomo de la Atlántida.
¿No fue la victoria de ese gesto el triunfo
del Infinito sobre el Sol, vencido?
Mar matinal, el de las sanas brisas
para el hogar y la mujer y el hijo,
para el sendero de Jesús dispuesto
y la alegría de la casa nueva.
Próvido mar que refrenó la angustia
del corazón el día que mis años
mozos se hallaron solos, sin camino
frente a la inmensidad de tu silencio.
¡Mar potentoso, armonioso y noble,
para esperar eternamente, libre

de odio y rencor, confirmación eterna...

Ahora siento que llego de lejanas
playas doradas a esta negra playa...

.....
Noche de pronto sobre el mar. ¡La noche!
Los dedos de mi mano entre las sombras
roces de sombras más sutiles sienten...
¡Mar sobre mí, dentro de mí, infinito!
¿Qué voz es esa voz que llega?...

El mar ilumina un instante
con sus llamas de plata
las orillas de ébano.
Y la voz resuena
más temblorosa y ávida
—mi propia voz que hace temblar mi vida
y apagar las estrellas y mis ojos.

DICE LA VOZ

¡Tu alma será un torrente de armonía
sideral en la vasta planicie celeste;
una herida de luz en las noches latinas
sobre el sueño burgués de los lagos de cromo;
un profundo secreto de espacio,
una inmensa pasión
sin amor ni dolor contenida en lo eterno!

CAMINOS DE AYER

I

*(Verano. Quietud. En la
encrucijada del monte. Mon-
tañas áridas. Mar lejano.)*

• **Q**UE mal está eso de la eternidad!
Nada nos queda que llevar a ella.
Vino, amor y mujer, odios y sombras,
todo se pierde al ser eterno, amigo.
La eternidad es una mano abierta,
larga y disecada.
No hay un signo secreto para tí.
Entras en ella y no se cierra nunca;
evocarás, desconsoladamente, allí.
La eternidad es un macizo foro,
quizá un lienzo clavado
en la última muralla del fin.
Es un vulgar cartel de letras oscuras
que dice secamente:
«La eternidad está aquí.»

Y así puedes saber cual es el término
de lo percedero infeliz,
donde va la llanura inevitable,

como la eternidad has de sentir:
sólo en las letras infinitas tus pupilas
hondamente fijas.
¡La eternidad es así!...

II

*(Tarde en el camino de
la aldea. Quizás...)*

EN el sendero está la misma piedra
de ayer. ¿Quién ha pasado
en la tarde tranquila sin mirarla,
si ella espera la luz de las pupilas
para ir haciendo un caminito humano?...

¡Mañana ya estará en la encrucijada
con la humildad de esa mendiga eterna
de los caminos solitarios!...

(El silencio
se aquieta, como un viento, porque brote
con infinita claridad de oro
la mirada cordial de mis pupilas.)

III

(Alba de otoño.
Camino temeroso.)

¡BLANCA sombra de la madrugada!
Un féretro blanco
y unos hombres monótonos que lo cargan.
Entre el frío del silencio
cruzo yo como una luz movediza y vaga.
Paso a paso
va mi alma:
¿Por qué lleváis entre el recato
de la paciente noche
este muerto, ¡oh!, hombres señeros?
¿No tenéis vanidad funeraria?
¿Por qué sin los cortejos
austeros, de chisteras
y de levitas largas
separáis de la vida,
tan desnudamente, vuestra carga?
Los hombres responden:
—Fue una mujer silenciosa;
esa eterna mujer de la ventana

que lanza siempre de unos ojos turbios
una mirada clara.

Ella quiso este entierro
breve de la madrugada.

Murió de ese dolor
que nadie ha descubierto todavía
y que todos,
supersticiosamente, callan.

El andar de los hombres prosigue.
Yo voy detrás también
como otra sombra blanca...

IV

*(Calle populosa. Camino
perdido. Atardecer.)*

MI ciudad diferente,
¡diferente e igual!
Hombres con la misma palabra,
la misma alma y el mismo vagar...
¡Señor!
¿Será siempre mi alma esa losa de piedra
que aplasta en la sombra mi sensibilidad?
¿Mi corazón ahora se torna de nuevo
intolerablemente audaz?...
¿Esta ira amarga del pecho desnudo
es mía? ¿Soy acaso un salvaje
azotado de mar
o un hombre solo
como un fantasma rencoroso
y amarillo, que cruza la ciudad
roído, carcomido hasta la entraña
de su hastío animal?...

V

(Plaza solitaria. Domingo provinciano.)

ALGUNA vez, el viejo dolor mío
vuelve, como el amigo de la infancia
que se hizo lejano por los mares
y por la vida de la ciudad extraña...
Vuelve y le digo: ¡Oh, dolor amigo
yo vivo ya una vida apagada;
no tengo lumbre mas que para el pobre
pensamiento, arruinado de buscar esperanza!
Logré al fin, una paz silenciosa
a fuerza de retornos del alma...

VI

*(Noche. Camino del
solitario bogar.)*

HAY una laguna de paz en mi historia
y por eso el alma se apresta a surgir
iniciada de extraña convalecencia,
granado el pensamiento por la idea sutil.
Bienapresa el alma, un instante mira
el camino ideado de su porvenir...
La palabra es más quieta y más dulce.

Mi rostro de piedra en la noche
luminoso destaca su agudo perfil.

VII

*(Camino matinal.
Primavera amorosa.)*

¿EL hogar laborado tiene un valor seguro?
Yo tengo ahora una perspectiva
de hogar en esta pura mañana.
Pero como
mi palabra
es casi muda
y cada vez más lejana,
seguiré el camino
sin la mano necesaria.

¡Ah, si hubiera puesto en mi conciencia
alguna vez el olor y la alegría
de estas maravillosas retamas
y no el viento arenoso
de una complicación disparatada!
¿Pues qué soy yo sino barro frágil,
y qué es mi cuerpo sino orza de barro
con miel de sueño en las entrañas...?

ALIVIO DEL ALMA
FINAL DE LOS CAMINOS

I

*(Pascua de Resurrección.
Camino de la clara aldea.)*

OTRA vez el amor!... Yo no sabía
qué era el amor. El corazón alerta
dejó el recuerdo y despidió los sueños.
Luego cerró para el amor la puerta.

Mas ayer noche yo sentí que abrían
hollando el alma con graciosa huella,
trayendo sueños al recuerdo antiguo
de un nuevo aroma en juvenil esencia.
Huerto piadoso al corazón le hicieron,
quedó en el alma rota la Promesa;
docta en el arco del muchacho ciego
certeramente disparó la flecha.

Y en el silencio yo esperé el pasado;
no era la misma la que hirió certera.
¡No era la mismal El corazón reía:
dos claros ojos infantiles eran...

Toda mi vida se juntó a tus sueños.
Domada el alma, ¿qué has de hacer con ella?

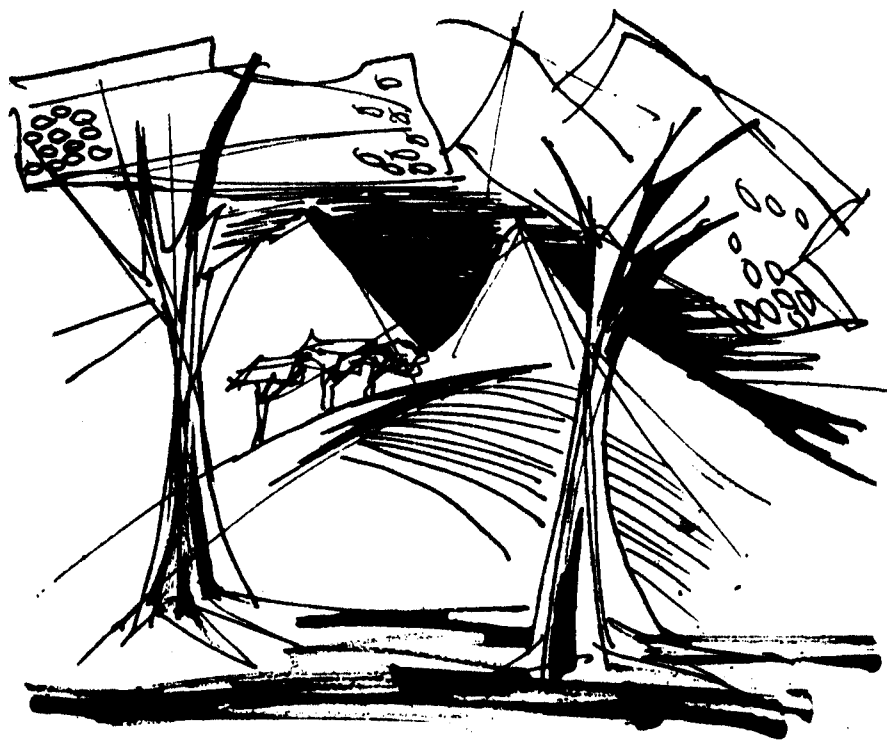
¿No será tarde para mi retorno,
temprano aún para tu edad pequeña...?
¡Oh, nueva moza del Amor! Mañana
yo no sabré si mi dolor se aleja,
mas no te lleves esos años niños
ya que han estado junto a mí, tan cerca.
Si es tarde para mí no importa nada.
Tu desamor ni lo veré siquiera:
cuando tu corazón se olvide, el mío
será un oculto corazón de tierra...

II

*(Camino del monte.
Año de gracia.)*

... **Y** al fin llegaste con amor distinto,
con el único amor de mi trabajo.
Eres dorada y fina, pero tienes
un moreno valor dentro del ánimo.
Hemos hecho el camino
hacia los montes; a pie: camino áspero.
¡Sol y silencio! Un leñador te mira
porque eres viva y tu mirar es claro
y las pupilas leñadoras tienen
lentitud luminosa y mirar más huraño.
¡Yo ví entonces en tí
que se nutría tu espíritu
de mayor claridad...!
Tu corazón es como un árbol.
Y tu ensueño
como las pensativas noches de estos campos.

Te vuelves de pronto hacia mí,
—vas como una corza, delante, guiando—
te vuelves hacia mí



y tu amor maravilloso
de natural maternidad rociado
me lleva cuidadoso
de tu delgada mano...
¡Amor eterno, reflexivo y serio
como el silencio del arado en tierra!

Cuando acaba el camino,
sobre la cumbre azul, el viento azota
el rincón aldeano de tu alma
y sobre el amplio llano verdecido
me siembras la verdad de tus palabras.
¡Día primero del Amor! Mujer,
toda mujer para una vida. Sana
compañera perfecta de una idea
más mía cada vez: escucha y calla.
Escucha el agua del arroyo, escucha
su remoto rumor. De la montaña
viene un eco profundo y sensitivo...
¡La emoción de la tierra es el agua...!

Al retorno, el crepúsculo de oro,
de acero y de fuego,
la quietud de tu asombro amoroso decora.
¡Es más que silencio!
El olor del hogar cercano
—leña y aroma de tu alegre limpieza—
se pone contento.
¡Contento está el olor! Llega a tus labios
y se hace un punto de color en ellos.

—¡Abre la puerta, igual que tus brazos!
Y la casa tiembla igual que tu pecho.

Y ahora es tu aroma de mujer intacta
que alquitara mi amor imperfecto...

¿Mi corazón será este hogar sencillo?
¿Lo harán tu mano y tu piedad eterno...?

APENDICE A
LOS CAMINOS DISPERSOS

RETRATO IMAGINADO DEL HOMBRE

¿C OMO era el Hombre de esta historia ardiente?
Acaso tenía la barba desnuda;
quizás la palabra,
la palabra cierta, dormía en el fondo del alma
como un tesoro de mar presentido.
No diré claramente cómo fue el Hombre.

¿Era solo y lloraba,
o el llanto estaba solemne y callado en la idea?
¿Era solo y amaba,
o el amor era un puro pensamiento de fuego dormido?
¿La muerte vivía en el pecho del hombre
porque el hombre piensa qué cosa es la muerte?
¿Cómo era este hombre?

Fugaces

pasan sus palabras, rotas, dolientes.
Todo está como en lagunas de tiempo, truncado.
Hay un trozo, al comienzo, que dice:
«... mis brazos en un espacio...»

(Y luego un tachón sobre los brazos.)

«dos alas paralíticas...»

(Y otro tachón más enérgico y negro.)

«dos pensamientos torpes...»—Palabras que van sueltas
sin saber a qué fin ni a qué consejo.—

Un verso entero claramente habla:

«En un espacio de inmensidad estéril
extiendo mis brazos, inútiles, viejos.»

Y después, al final, bajo una temblorosa silueta
de mujer manca y gallarda,

una leyenda reflexiva: complemento:

«Como esta estatua antigua

de brazos truncados

que tuviera otros brazos modernos...»

¿Quién era este hombre?

*(Mañana turista y jovial. Emoción
dispersa y agresiva.)*

CIELO de Londres sobre el Mar Atlántico.
Corazón de abisinio, la ciudad:
un aroma español de rebotica
llena de estupidez y ancianidad.
Pero en el Puerto se cobija Europa
dentro de un barco que es universal.
Un holandés, brillante
la colorada faz,
que estuvo en Java y se nutrió de soles
y de tierra sensual,
mira al cielo apagado y se sonríe
del tino sideral

.....
*(El paisaje se trunca. Hay una
línea de puntos. Luego continúa.)*

El sol está encendido.
No te importe. El sol es elocuente,
verbal.
Además el día

tiene que ser diplomático
—forzado caso de neutralidad—
Este noruego, y el danés anciano
y el francés, y el alemán
y el británico gentleman,
lo hacen adoptar
una postura
internacional...
Una francesa salta.
(En la litera se deja olvidado el lunar.)
Sólo una inglesa de cabellos rojos
tiene luminosidad...
Un niño negro y otro niño rubio
—¡oh, infancias de Homeyas y de Freetown!—
miran al mediodía indefinido
con la esperanza de la luz solar.
El niño negro, con la herida blanca
sobre la boca, lo bautizará
en llegando a España,
ese barbado hermano que lo lleva
de la mano: su guardián.
El niño rubio es un pagano—¡Oh soles
de estos infantes áureos!...
¡El mar
es para estos cabellos sin bautismo,
para estos ojos sin idiotizar!...

.....
(Hay otra línea de puntos. Evidentemente esta impresión está sin concluir.)

*(Medianoche. Profundo
silencio.)*

¿MI dolor es inactual?
¿Por qué siento esta amargura
que no es justa ya
dentro de la vejez planetaria?
¿Es anacrónico el dolor de mi alma?
¿Y esta desesperada negrura
de la noche infinita, incrustada
en mis ojos que miran la sombra
como si la sombra fuera camino de luz?
¡Oh, amigos, no es cierta la palabra terrible!
Aún queda dolor verdadero;
no es vieja la pena, no es viejo
el dolor, acaso es más nuevo.

Yo siento en la noche una mano que exprime mi pecho,
una mano
que nunca ha venido, de fuerzas extrañas, ¡oh mi
pensamiento, cómo muerde en la mano recia
de recio silencio!

Quizás ya
no exista el dolor, y yo vengo

con un rezagado dolor de otros tiempos...
Porque sí,
recuerdo,
que ya mi dolor tenía,
una hermosura tan joven
que hasta el amor era un dolor risueño.
Pero ahora, en esta noche,
todo es absurdo,
diferente,
morboso,
negro.

Mi corazón estalla sus sarmientos de fuego
en la espantosa soledad de las sombras,
en medio de esta isla de metálico ensueño.
Y el espacio infinito me cerca.
Y es cierto, oh amigos, que el alma
tiene de siempre su dolor secreto.

Yo, errante y perdido
con mi sollozo dentro, encarcelado,
furtivamente busco, sin embargo,
el más oscuro sendero
donde poder alzar mi dolor, como un grito,
hasta la última claridad del cielo,
o hundirlo como una vergüenza
en el hoyo más infinitamente pequeño...
Y no puedo.

*(Día de Difuntos. Meditación grotesca
y patriótica de la Señorita Muerte.)*

LA muerte española es una solterona
vieja de mal gusto. La muerte española es antigua.
Es
como una marquesa engolada
que presidiera un funeral Roperó para las mendigas.
Un ropero
benéfico y vano: catequial.

La muerte española es una señorita vaga
ninfómana y torcida.
No se puede abrazar. Huele a hueso orinado
y tiene una interpretación mímica.
El que muere en España no sabe lo que es muerte.
La muerte universal es siempre actual
y de una fortaleza
infinita.
Egregiamente guarda su eternidad de futuro
para la primera mañana divina...
Es azul como el mar del Silencio;
no es como la memoria sentimental, lívida...



Es de leña volcánica su aroma
y sabe a tierra serenamente dormida...
La muerte española es tan grotesca
como una bicicleta lírica.
Se lleva rodando a los hombres,
les clava en el coxis su anormalidad física
y hace sonar un timbre hiriente, de quina,
como un bufonesco chillido de ventrílocuo.
¡Oh, qué muerte más agria
y de qué impavidez más ridícula!...
¡No se puede morir en España!...
No existe el margen de la mortalidad exquisita...
¡Muerte española, gris y cobijadora
de una cadavérica ramplonería!...
Muerte sin porvenir, bajo una tierra con ecos
de tacón escandaloso y de un artero perfume de polilla...

*He aquí el sepulcro interior
tal cual lo vió en el sueño mi aspereza anímica:
Fetos de sombrero de copa
con un reposo gramatical y una gloria honorífica,
unidos por un cordón umbilical católico
dentro de una matriz desoladora y fría.*

(Sábado. Noche de comedia española.
Teatro clarucho en la orilla.)

TELON y una lira en el centro.
Timbre. Desaparece la lira sin ruido.
Se oscurece la sala.
Silencio y principio.
Decoración clara,
de color de ojos de Rosario Pino.
Muebles ligeros, como Rosario Pino. Vaporosas
cortinas, como Rosario Pino. No está derecho el forillo.
Está puesto deprisa, como Rosario Pino y su arte,
que es imperceptible y rapidísimo.
Palabras en la escena:
Don Manuel Linares Rivas, diluído...
Rosario Pino y la segunda dama,
también Rosario Pino.
Parlan. Risas de acotaciones.
(Egoísmo
de Don Manuel Linares que pone su propia gracia
y luego la manda a reir con un paréntesis rígido.)
Emoción encasillada de antemano.
Molde de un *puding* lírico.

Un vaciado dramático.
O una sordina literaria. O una sensación de oficio.
Pasa el amor, con un bienestar de magnesia
por un tubo digestivo...
Comedia de Valls, de valls que no se oye
sino en el corazón que es donde tiene el nido.
Lágrimas de clase media. Esparcidas, hacen una
enorme, que es cual un lienzo cristalino
que cubre el escenario.
Es como un telón de cristal sutilísimo.
La emoción al través de esa lágrima...
Tela de araña que teje el artesano espíritu...
Todo es como el agua olvidada
en un vaso aburrido;
como el día que cae en un parque
que tiene una estatua y sabe a domingo;
como un hombre que guarda sus horas
en un armario y las saca y las usa con tino...
Como un sueño entreabierto de siesta;
como un honesto baño tibio...
Teatro clarucho. Linares. Rosario.
Provincia. Mongolia y desatino.
Datismo de cielo, datismo de alma.
Programas datistas. Hastío pianísimo...
De nada me vale el silencio...
Se llena el silencio de voces sin gritos.

*(Mediodía. Calle bulliciosa.
Policromía de colores.)*

CIUDDAD de mar. Buen clima.
Lo dice un libro y el diputado de la ciudad.
Buen clima: ingleses tuberculosos,
magistrados que se nutren sin cesar.
Estación de extranjeros,
de extranjeros de tarjeta postal.
Turistas de ida y vuelta. Diez y seis guineas
en barcos fruteros: gentes sin posteridad
con una familia lejana y honesta que aguarda
estúpidamente un telegrama con abrazo final.

Clima sano. Pasan las inglesas flacas.
Un sol tabarrista cae en la plaza comercial;
y los labios ingleses se tiñen de buen clima,
de clima rojo, llameante, sensual.
Los indígenas cruzan, hechos de clima bueno
como una acreditada pasta dentrífica mental.
(El hombre inteligente se avergüenza
de esta mediocre brisa del mar.)

Buen clima.

Clima oficial.

Cortesía del cielo, discreción de la Rosa
de los vientos... ¡Cordura zodiacal!

Buen clima. Uniforme clima
como la estupidez. Clima ideal,
económico, sin gabanes sobre los montes
y sobre la eternidad
de las cosas vacías; clima vacío,
de una perenne y templada vaciedad.
Se piensa en calderilla. El pensamiento
—noventa y cinco céntimos lo más—
es otro clima cálido y benigno
que eterniza la siesta intelectual.

Buen clima. ¡Oh la atracción del turismo,
bigardonería de presidentes de sociedad!...
Fe del patriota terruñero que hace
de su Baedexcker, alfalfa espiritual...

Yo estoy en medio de este clima localista
con una irremediable temperatura universal...

Isla del buen clima, 1920.

*(Noche. Otro
beso.)*

ESTA mujer dorada
ha querido quitarme la soledad
de pronto.
¿Cómo se quita la soledad
del alma?
Y ella ha sacado un beso
del diminuto estuche de su boca;
un beso que era como esa borla de los polvos,
blanco y rosado, un poco viejo
y casi sin caricia
Un beso. ¡Ah
todos los besos que caen en una losa!
Mi soledad está ya repleta de besos.
¿Quién podrá volver la soledad
sobre el silencio ahora?

(Noche. Ciudad
iluminada.)

A HORA, un hombre embalsamado con morfina
cruza de pronto a mi lado.
Lívido y sordo,
es como un extraño fantasma ibseniano.
No mira con los ojos
sino con el temblor de los labios.
Los labios locos. Toda el alma amarilla
como un sueño de opio vibrando.

Se pierde entre los espejos
de un café iluminado...
La terrible sombra
danza en los espejos,
y el café se torna
en un luminoso laberinto trágico.

(En el tren. Mañana
viva y luminosa.)

JEREZ.
Un paisaje de futuras acedias.
Un inglés
entra en el exprés.
Vuelve a mí, un momento,
el aroma suave del tabaco inglés.
¡Oh qué extrañas perspectivas
sobre la tierra jerezana!
No hay colonia británica.
No puede haber colonia aquí.
tal como es y debe ser:
lejana.
Y ardiente, con sus cúpulas
de salacots, y el oro
de un sol polvoriento
sobre un arenal...
Jerez. Una copa. Un convaleciente
en una butaca, detrás de un cristal.

III

OTROS POEMAS

AMIGOS MERCADERES...

VOSOTROS, mercaderes, tenedores de libros,
que tenéis en la tarde ya endormidas las almas...
escuchad un momento una cosa que os digo
sin palabras vibrantes ni actitud oratoria.
Escuchad —¡yo he comprado vuestras telas amadas
y esos juguetes pobres que trajisteis de lejos!—
Mi pensamiento quiere reconciliar sus actos
con vuestra picardía vulgar y lugareña...
Sed buenos: que la tierra por vosotros florece
y el mar no está tan solo... y el porvenir lo hacéis...
El hogar laborado tiene un valor seguro,
y las conciencias serias pueden llegar a acuerdos.
Amigos mercaderes, que limitais las almas
hasta esos horizontes blancos de muselina
que en el fondo sombrío de los mercados vuestros
lucen su cercanía lamentable... —¡Oh, amigos,
los de los corazones de cartón y los ojos
hechos únicamente para la flora impresa
del pañuelo de seda catalán!... ¡Camaradas!
(Ved cómo os hago honores de inteligencia hermana
para amansar la dura condición de esa inercia.)

Camaradas amigos, que sois los *muchos* siempre.
Mi mano libertaria os enseña la ruta:
¡el oro de lo inmenso sobre la mar sonora,
y el secreto de tierra, amoroso y sereno
que se siente a la sombra del sagrado pinar!...
¡Tierra, tierra!: La vida, y el deber de la sangre,
y la visión suprema, de lo múltiple, amigos!...
¡No es ensueño de tiendas!...

Desdoblad vuestras mentes
como hacéis con las telas para medir el lino
y no importa al futuro que no seáis poetas,
—aunque las sedas tienen un pasado ilusorio;—
pero la tierra, en busca va de un destino nuevo,
como un pobre muchacho, sin más merced que el sol...
Contemplad la ciudad que es pequeña y no tiene
sino un parque dormido...
Sabed que el agua hermana se olvidó de los prados
y las fuentes se tiñen de un ensueño económico.
¡Amigos mercaderes, hombres utilizables,
preferidos por tanta literatura rosa.
Hombres de manos fuertes para la muchedumbre,
y el grito clamoroso del corazón herido:
Venid... ¡yo haré el camino y el mar y la montaña!
Y el día amplio y sonoro que forje vuestra ayuda
os pagaré...

Con esa ternura de mi espíritu,
tan buena, tan de ensueño, y tan de amor. Palabra.

Revista España. - núm. 136. - Madrid, 15 Noviembre 1917.

WE WON

*Un inglés y un alemán
de la colonia sienten la paz.*

MISTER Duncan cogió la paz de oro
y la mezcló con soda y alzó el vaso
y se bebió la paz, y el alma entera
sintió las alas de la paz, rozando
el pecho henchido de victoria. —¡El hurra
hizo temblar el sueño del Atlántico!

Ulrico Liebert, se acercó lloroso
al antiguo reloj, y eran sus manos
de relojero dos palomas nuevas
como una doble paz. Los cuatro años
estaban muertos en la cuerda. El tiempo
se había perdido en el reloj germano.

Míster Duncan cerró los ojos llenos
de una graciosa seriedad; amargos
se abrieron los de Ulrico sobre el monte
y vió en el monte aparecer su horario.
Míster Duncan habló: —«Esto demuestra
que el tiempo es oro, y además, británico».

Ulrico dijo que el Imperio ha sido
un malhechor del pensamiento humano.
—Y la corbata del tudesco estaba
fuera de su lugar. En el ojal británico
el Over-seas Club fijado en bronce
era un alerta extraordinario—.

Míster Duncán pasó gris y seguro
como un dreadmought incólume. Su mano
en el bolsillo aprisionó a hurtadillas
el alma del reloj del ex-hermano...

Las manos del tudesco se entreabrieron,
hiriendo el sol los signos de estas manos:
Las manos eran dos llanuras... ¡Eran
dos silencios eternos como el mármol!...

España -núm. 193.-19 Diciembre 1918.

ANA MARIA

TODA tu risa es como un nuevo día,
para mí, porque viene en la mañana
y es sol, un sol alegre y saludable
para la vieja herida de mi alma...
Eres mi ayer feliz. ¡Oh si pudiera
acercarme otra vez! Mis horas sanas
en el pudor de tu pupila arden,
entre tu risa de salud se guardan...
Pero es muy tarde ya. Si el día llega
yo estaré lejos cuando estés cercana.
¡Y no serás!... No lo será ninguna,
porque el tiempo soy yo y el tiempo pasa...
Mas oye mi palabra: —No te duermas
en el regazo de mi amor, hermana;
si hay quien de noche va sembrando sueños
como estrellas, que al sol no brillan nada,
al acogerte a mí, las horas mías
ya no pueden soñar lo que soñaban!...
Si vuelve el corazón a la memoria,
amargo vuelve y del umbral no pasa.
Todo está lejos; y en lo más remoto
las ruinas del recuerdo abandonadas.

Rev. España. Núm. 203.—27 Febrero de 1919.

VERSOS A LA ESPOSA

PORQUE fuerte es como la muerte
el amor;
duro como el sepulcro el celo:
sus horas, brazos de fuego,
fuerte llama;
las muchas aguas no podrán
apagar el amor,
ni lo ahogarán los ríos.
Si diera el hombre toda la hacienda
de su casa por este
amor
de cierto no lo menospreciarían...
.....
Toda tú eres hermosa, amiga mía.
Hermosa y dulce, como la paz,
como la luz, como la muerte.

Del libro en proyecto *Sumario de las gracias*

POEMA TRUNCADO DE MADRID
(PANFLETO)

A LUIS GARCIA BILBAO.

PROLOGO

Inicial alegórica tumultuosa.

No sé.

Acabo de soñar un sueño absurdo
como un hongo antiguo de alas enroscadas.
Es un recuerdo. Yo hice una vez un viaje
pedante, idiota. La mar me separaba
del continente y yo crucé la mar, confiado
en la salud aparatosa de mi alma.

Un viaje idiota es saltar en Cádiz
y hospedarse uno en el Hotel de Francia.
Después ir a Sevilla y ver la Catedral,
la calle de Las Serpes y la venta Eritana.
Meterse luego en el Henar o el Ateneo
de Madrid y discutir la gracia
de un general vetusto
que tiene las razones y las barbas canas...

Este viaje era por el espíritu.
En la hediondez de una ciudad canalla
no se podía vivir. Vivir es caminar
entre una fila de casas;



sentarnos en el Parque con un comisionista
o casarse, tal vez, en una iglesia
llena de teología sagrada,
esa teología-cardenillo
que lleva el cura asnal en la sotana.
Y era preciso vivir. ¿Vivir? Maxín tenía
entonces, una cursilería inusitada.
Yo era un pedante. Una mujer inmueble
no era lo más propicio. Y no hice nada.

Acudí al Ateneo. Un héroe, en la puerta,
un héroe de barbas,
me miró y su anacrónica levita
fue como otra mirada;
otra mirada larga y caída,
mirada austera y anticuada;
un mirar lisonjero y sopista
que brota de una pupila uniformada...

Yo apenas recordaba estos momentos.
Otra noche en la Plaza de Santa Ana,
Luis Bilbao, dentro del fanal de sus lentes,
me habló con una razón alejada
de sociedad y de ABC, de cosas
humanas
tan fuera de Madrid, que hubimos de dar vueltas
toda la noche, hasta la madrugada.
Y él se acuesta a la una. Este recuerdo
es amable. Lo anoto, porque estaba en Madrid y no estaba,
y porque este poema insulario
de chisme y de impudor,
ha de tener una amistad que salva
al corazón

de sus ruindades ágrías.
(¡Oh amigo poeta, ya las horas
son lejanas,
pero un calor cordial, puente de ensueño
brota del alma mía hacia tu alma!
¡Madrid! Un hombre solo
dentro de ese Madrid, se escucha y calla.
No hay tranvías que crucen el espíritu,
ni el Caballero Audaz hace una interviú callada.
El hombre solo de Madrid, que mira
desde la hornacina de sus gafas
como un santo de palo,
eres tú; la amistad máxima.
Y este sueño feroz que yo he tenido
—sueño que viene de Madrid— se acoge
a la sombra de tu graciosa tolerancia.)

Dormía. El Ateneo. Pérez Díaz
para una cuestión previa pedía la palabra.
Madrid es todo unas cuestiones previas
y Pérez Díaz una Puerta del Sol encuestionada.
La tos del general como el eco lejano
de una granada,
resonó en el Salón, cuando una testa prolongada,
una testa distinta
como una piragua
que estuviera aislada por la prora,
y esférica la prora se curvara
en el aire, surgió:
Académica y licenciada.
Silencio. Expectación. Dubois sonrío
y se aprieta la barba.

Un cura muje.
Suena la voz reglamentaria.
¿Quién es? Ya lo sabéis. ¡Aquél! Todos los reglamentos
del planeta corporizados en una figura estrafalaria.

El sueño me exaltó.
La cabeza en el sueño era la crisálida
de un hongo magno, el pólen de un sombrero terrible,
el Dostoiewsky de todos los sombreros de una raza...

Dentro de la cabeza fue a indagar mi sueño.
¡Madrid! La nagüela testerada
del hombre aquel, resonó
como una rota campana.
¡Dentro, rumor de oscuridad antigua!
¡Negra humedad de cueva abandonada!
Palpitaba una vida viscosa
entre la sombra huraña...
Imberbe Calibán de un desierto remoto
aparece en mi sueño. (La cabeza se abre
como la divina puerta encantada.)
¡Mi mano es libertad!... Era un sapo amarillo
cubierto de crisis, lentejuelas y sotanas.
Un sapo dentro; un sapo viejo
lleno de polilla fatal... ¿España?

CANTO PRIMERO

YO me dormí en el Trianón Palace
de cuplés de Raquel. Es aburrido
el arte de esta bella mujer tan bien vestida.
Antes de la Raquel había yo visto
siete mujeres más, como las vacas flacas
del sueño faraónico. Pero cuando el momento divino
de salir la Raquel llegó, hube de huir sin pena,
como un Patriota renegado y agresivo.
¡Dama sutil, señora sin gracia,
ingenuidad, doctora en un cuplé supinol...
Mi primer desencanto madrileño
es un recuerdo, apenas sensitivo...
Yo no entiendo el amor del tul,
ni el sartorial cariño,
ni el broslado chapín de seda silenciosa
que pone remordimiento en mi espíritu...
¡Fue un honor el sueño;
y la huida un prestigio!...

Madrid estaba loco de coches
y de señoritos...

La noche era demasiado clara
para mi corazón primitivo...
Pero Ramón —Echegaray— judías
en el escaparate cercado de mendigos
judías como perras,
montones de collares legítimos,
es, en la noche de Madrid,
el más elemental cobijo.
En un rincón un vate cortesano
de un «entrecó» erudito
pero yo que no sé como se tiende
en la Corte la mano callo y miro.
(¡Taberna madrileña! ¡Economía
de juglar español desnutrido!
Sobre el mar, mi pensamiento es una nave
llena de ira, con la ruta al pacífico!)
Dolor. Los ojos en las mesas
buscan un pan que se hace el distraído,
mientras un mozacón perfumado,
un atlético Cupido,
con un monóculo obsceno sobre un ojo
y un alma hecha de encajes de bolillos
impúdicos, se nutre como un pagano
emperador antiguo.
Es una marioneta de frac
que hace libros.

¡Huir! La noche es ahora más amplia
y el corazón al fin se hace infinito.
Entre el húmedo amor de la madrugada
vuelve mi encarnación de personaje tímido...

Y en el silencio de Madrid, silencio
que sobre mí siembro yo mismo,
brotan las claridades familiares
del ánimo contrito.

España. - núm. 286. - 23 Octubre 1920.

CANTO SEGUNDO

CAFFE de espejos y columnas luminosas...
Camareros ilustres porque sirven
a hombres ilustres. Olor de Eusebio Blasco.
Un verso para la «Ilustración Americana»
se fragua, solo, en un rincón solitario.
Jacinto Benavente. Diez comedias
debajo del sombrero aperlado.
Lleva el ingenio como un perro preferido
al que se dan bizcochos y se acaricia el rabo.
Thuller con su cabeza biselada
tiene postura de beneficiado
perenne. Un hombre lívido,
lívido y sordo, por un prodigio escandinavo,
aparece de negro. Nunca mira
con los ojos, que mira con los labios.
Los labios locos: toda el alma amarilla
como un sueño de opio, vibrando.
Un Doctor Rank que hubiera hecho
Martínez Sierra sin pretensiones de inmortalizarlo.

Un comediógrafo elegante
después. Tolerancia de Miquis. Muy simpático.
El tipo de español todo armonía
social. Por amistades, literato.
Comedias de buena voluntad. Jacinto
dice que están muy bien. Bicarbonato
químicamente teatral. La sal de frutas
del intelecto ricachón hispano.
Parlan. Lejos el camarero los abraza
con una admiración de estreno fausto.

Suena un reloj. No suena. Se supone
que suena porque marca el horario.
Un reloj no se oye nunca
en un café español. Todo es tan largo,
las horas son eternas y el tumulto verbal
tan exacerbado
que la hora del reloj, es un débil lamento
mendigo, en medio de un pueblo amotinado...
En España no hay horas. Nadie sabe la hora.
Una vez hubo una, hace mil años,
y esta es la hora actual. Un minuterero
catedralicio corta el espacio
en dos mitades: sol y sombra;
día de sueño y noche de trabajo
oratorio. —Me decido
y salgo.
Fuera, la Puerta del Sol tiene
una elocuencia exuberante de bigardos.
Pasa un ministro con una piruleta
sobre el baul de su sabiduría. Es raro.

Un fósil de Dubois. Pitecántropo.
Cruza, un gitano.
Una mujer espléndida. Belleza
elocuente también. Un párrafo
brillante de mujer. Sacó el reloj,
un reloj suizo, perfectamente organizado,
y mis ojos marineros,
mi corazón atlántico,
reconocen la hora de mi sueño
inglés: un inglés injertado,
un inglés de paquebot, pero al fin,
un inglés. Y un inglés ya es algo...
Camino. La estolidez del *Ideal*
me azota el rostro como un viento áspero.
Voy a dormir —Barquillo uno—
frente a un banco.
Una voz de pregón. Miro y entro.
No compro el *Heraldo*.

OASIS

JUAN Ramón Jiménez
tiene una casa inglesa
en medio de Madrid. El es un indio
bello como Rabindranazh, y su barba
de ébano cubre de un silencio sagrado
la timidez de mi alma expectadora...
Es una tarde. El oro llega
de un lejano jardín, un oro dulce y triste
que hace un poema impersonal
dentro de mi corazón aldeano...
Yo no sé por qué estoy aquí.
El poeta me extiende su mano elegante,
—mano elegante y pensativa,
recienca— y mi ánima se agita
como una rosa, la cierta rosa del poeta amado.
¡Malva sutilidad! Palabras en el aire...
Oloroso rumor de jazmines reales
en mi recuerdo. (Madrid está fuera.)
Más allá de Madrid. Detrás del mar, el monte
nativo: soledad orgullosa
y una agria paz inquieta.

¡Oh, Juan Ramón, es áspera esa tierra,
y el hombre de esa tierra, malceñudo y calladol...
Sólo Europa que cruza las ondas
me toca en la frente el día de posada,
y el árbol me siembra
raíz de otra vida.)

El poeta escucha. Mis ojos se detienen
en un paisaje rojo,
un rojo de niño, de un pintor que tiene
una barba roja, como sus paisajes...

Silencio. Una moza española
trae unas infantiles tazas japonesas
y un té de Zeilán... ¡Qué lejos este aroma
del aroma castizol... Es día de toros,
de muchedumbre de avalatorios. Hombres
con gracia nacional, sin otras luces
que las luces de los trajes vivarachos...

Juan Ramón se ilumina suavemente
por la luz interior. La estancia tiene
la tibia claridad de un hall lejano...

El pintor del paisaje se acerca.

Es más niño en el diálogo. Habla de California
y de senderos de arte. Juan Ramón
acaricia el ensueño y yo le pongo
sin que él lo note todo el sueño mío
como una moneda en su alma pobre.

En su alma pobre y nobilísima. (El alma
también es roja como las barbas y el paisaje).

Más quietud, y alcanzan las palabras
una enguantada entonación. Palabras
de luz. Entre el humo del té,

las palabras se hacen sonido de humo.
Noche. Un rumor de mujer sensitiva.
Las almas acuden como mariposas.
La plata verde de la noche viene...
Juan Ramón se recoge, y en la sombra
del estudio aparece, como un reflejo silencioso
la azul silueta de la amada...
¡Oasis en Madrid! en mi memoria
hay esta reconciliación divina...

CANTO TERCERO

EL territorio nacional
es una piel de toro extendida y curtida.
(Curtida de dolor.)
Estoy en el centro de esa piel, un mediodía,
un mediodía bruñido de sol.
La calle de Sevilla tiene una gracia loca.
Todo el mundo se ríe menos yo.
Un títere andaluz con las nalgas pulidas
cruza sonando el ripio de su tacón.
Es una gloria. Dá gloria verlo.
Una culebra que es un lagarto (superstición)
se espiraliza por la cintura
que es el secreto de su ovación.
Ovacionado. Lleva el aplauso
perennemente. Hay un rumor
que lo acaricia constantemente.
—Halo sonoro de la «afición».
Camina. ¿Acaso camina? Es lindo
como un extravío civilizador...
Alguien en la esquina sonrío y lo mira.

La mirada es un traje de luces
que roza las ancas. (La seda es mejor).
La calle de Sevilla. Un café afeitado.
Hombres afeitados. Voces sin pudor.
Un sombrero redondo
como un eléctrico ventilador.
Dá el aire y la gracia. El pensamiento nacional
como una coleta, se cobija a la sombra
de este sombrero picador.
Diálogo. Un señor Belmonte,
negro, como el hambre, surge de la conversación.
Y un señor gallito —una serpentina humana—
pasión,
arte y ciencia,
álgebra superior,
astronomía, cálculo infinitesimal,
¡Dios!,
aparece en la puerta lleno de luz celeste,
y su aparición,
serena la crisis del hambre,
la crisis de la revolución.
Se extremece la calle de Sevilla
con un profundo temblor
que repercute en México.
¡Triunfo! ¡Aproximación
hispanoamericana! ¡Novela
de Ricardo León!...
¡Oratoria de Maura! ¡Real Orden de Cierva!...
¡Nuevo Gobernador
en Barcelona!... ¡Apoteosis!
Función de Gala en el Español.
¡La Niña Boba en la Princesa!
¡Retrato en ABC de Camprodón!

¡Excursión cinegética a los Picos de Europa!
¡Foot-ball!
¡Los reposteros nobles adornan La Bombilla!
¡Hace una crítica Don Julio Cejador!
¡Estreno de polainas en La Castellana!
¡Blasco Ibáñez se vuelve a Nueva York!...
¡Joselito es la patria! ¡El día vibra!...
¡En Flandes no se ha puesto el sol!

España. - núm. 287. - 30 Octubre 1920.

CANTO CUARTO

PUERTA del Sol prestigiosa
como Commelerán...
Puerta del Sol a la hora
crepuscular.
Estudiantes de todas las provincias,
Café Universal.
Bola en Gobernación tan consecuente
en subir y bajar...
Yo estoy en medio como un americano
que acabara de ser nombrado corresponsal...
La Puerta del Sol es un cuadro de época
que todo el mundo vé sin admirar.
Pero después en provincias decimos:
«¡La Puerta del Sol, ah!»
Como: «¡He visto el cuadro de Doña Juana la Loca;
se siente el viento cruzar!...
La luz de los cirios se curva
como si hubiera viento en realidad».
La Puerta del Sol es vieja
tiene el prestigio de una Catedral;
por Catedral, no por arte es su fama.

¡Oh, Puerta del Sol sin seriedad!
 Un político. El Sr. de Sánchez Guerra
 pasa con una distinción funeral.
 En la boca luce dos catafalcos
 amarillos y negros. Descansa en paz
 porque tiene una historia cuidadora
 de orden social.
 Es un político reciente,
 siempre es reciente su antigüedad,
 como *El Alcalde de Zalamea*
 o *García del Castañar*.
 Es un político refundido.
 Se pone siempre en tiempo de vendaval,
 como en Noviembre *Don Juan Tenorio*.
 ¡Es tan eterno como el *D. Juan!*
 Ahora se marcha. Es la bola de su Ministerio.
 Cuando da la hora se le ve bajar,
 luego sube incólume. Es la propia bola
 para raciocinar.
 Otro político. Don Eduardo Dato.
 Va en un automóvil nacional.
 Los demás políticos. Es la hora imbécil
 de patriotismo colonial.
 Una mujer me mira. Llevo un sombrero
 completamente provincial,
 la americana desabrochada
 y un aire de paleta sin rival.
 Yo quisiera perderme, mas no puedo.
 ¡Nadie se pierde en esta corte oficial!
 Todo es Puerta del Sol... ¡Oh, el isidrismo
 incompleto, perjudicial!...
 Sombra. La noche sale
 como de un café astral.



Las estrellas son chistes de esa noria
que es el ingenio de Madrid. Igualdad
de gracia, democracia de ánimo,
¡socialismo mental!...

¡Señor! Mi alma ahora es una losa.
Mi corazón, intolerablemente audaz.
¿Esta ira amarga del pecho desnudo
es mía? ¿Soy un salvaje
azotado de mar,
o un hombre solo, como un fantasma rencoroso
y amarillo, que cruza la ciudad,
rápido, carcomido hasta la entraña
de su hastío animal?...

.....

¡Silencio! Pasan una brasileña
y Don Ramón del Valle-Inclán.
Es manco. Yo le daría ahora mi brazo
iracundo. El lo sabría utilizar.

REFUGIO

ESPAÑA. Dos abrigos rivales,
el abrigo de Luis Araquistain
y el de García Bilbao.
¿Cuál tiene más frío de los dos? Nadie lo sabe.
Ni ellos saben tampoco si aún están abrigados.
Son abrigos casi etéreos,
abrigos que ya están acostumbrados
al frío, y el frío atraviesa el camino del pecho
con crueldad de frío ártico...
Seriedad. Núñez Arenas
habla con los lentes como si fueran vocablos.
Claudio de la Torre
es un retrato
con influencias de Van-Dyk. (Juan de la Encina
quizás le encuentre algún origen vasco).
Echevarría mezcla timidez
de pintor y de millonario
como dos colores, y logra otro color
más amplio:
la pureza cortés, la sonrisa serena,
la noble tranquilidad de su mano.

Un hombre de cobre,
de cobre búdico y mirar desorbitado,
entra, se sienta, habla y se marcha.
Deja un gracioso rastro
fisonómico, una curiosidad
de comentario.
Es un teósofo. ¡Quién sabe dónde se ha fundido
el bronce de este hombre tan lejano!...
Salinas —desde el fondo de su ingenio—
hace un gruño silencioso con el ánimo;
y su aspecto indeciso
de prior franciscano,
que no fuera prior ni franciscano ni aún tuviera un parecido exacto,
sino ese parecido diferente y temeroso
que sugiriera el parecido evocado,
llena el balcón. La luz de la tarde
se detiene en la enorme espalda de Salinas. El ocaso
no es posible con Salinas en el balcón
asomado.
La estancia tiene un sordo rumor de conjura,
una armónica sensación de taller voluntario.
El espíritu de Canedo, como un marfil invisible
hecho por la gracia de un ingenio mimado,
con un silencio único y una sutileza de oro
en el pensamiento demasquinado,
llega estrenando un traje
como en cualquier domingo provinciano.
El gran Bagaría escribe una carta.
¡Qué raro!
Escribe con una frialdad sindicalista;
pone una K en la cuartilla en blanco
para empezar. El pantalón asoma
bajo la mesa. Un pantalón caricaturizado.

Pausa. Reflexión. Un aliento medido
de seriedad inglesa. Frente, el Café del Prado
canta su música. Madrileñísimo. Hace cosquillas
de Pérez Zúñiga. Serenata de Fausto.

Dos mujeres tristes,
un violín y un piano.

Ambiente de crónica literaria de Nogales.

¡Exceso de ayer y terquedad de un presente rehaciol
Vuelvo hacia dentro.

Renuevo el corazón y aguardo.

¡Rincón de paz y de labor,
para el viajero espíritu acobardado,
refugio reconciliador
de todo el mal camino andado!...

España.—Núm. 288 - 6 Nov. 1920.

CANTO QUINTO

OLOR de can sarnoso. Patria académica.
Impudor. Vejez. Rebotica carcomida.

Jaula nacional.

Una bola de cemento con dos rizos,
adorno de puerta de jardín de mal gusto,
derrite la traidora suavidad de su oratoria.

Orden y orden. Orden y orden.

La meretriz repite: Honor y honor.

Orden escarlata de sesos machacados,
paz de sepulcro y goda estupidez.

El encargado de mis lares
pide una cosa.

Los estudiantes telegrafían que la consiguió.

Yo, que soy el hombre más oscuro de mi tierra,
más oscuro todavía que el obispo,

siento un recóndito rencor

hacia este hombre eminente

que ha pedido una cosa con un éxito enorme...

Yo no he tenido nunca un triunfo,
ni siquiera un triunfo local...

Y este encargado que nació conmigo
 que fue a la rebotica como he ido yo,
 es ilustre en la Patria. La Patria es ingrata
 conmigo, es pródiga con él. ¡Patria parcial!
 Ladran. Un señorito
 como una muestra sin valor
 se levanta y replica. Un viejo cínico
 saca de su vientre de canguro la razón
 y se la da al muchacho. El muchacho la carga
 y la arroja al salón.
 La razón se levanta fanfarrona,
 hace un gesto de caderas sin pudor
 y mira, descarada, los escaños berberiscos...
 Elocuencia. Sensación.
 Cursilería. El pandero mallorquín
 surge de sus cenizas como un Fénix menor...
 Palabras, con lividez de coronas funerarias,
 desesperado olor
 de viejos pebetes en una sacristía
 donde se orina el monaguillo y el párroco contrata
 la viudez solitaria como un negocio de perdón.
 Ley antdiluviana. Leyenda de orgullo.
 Horteril señorío español.
 Flojedad en las ancas masculinas,
 debilidad aupada por la reiterada ovación.
 Comedieta patriótica
 de circo sin clown.
 Salgo. El alma mía está ya rota.
 No hay luz en la ciudad. El corazón
 se pierde entre la muchedumbre madrileña.
 Periódicos. Gentío coruscante.
 ¡Al discurso de Maura en circulación!
 Escaparates de mujeres escogidas.

Hay guerra europea en la nación.
Corro. ¡Un tranvía! Casa de Don Benito,
rincón solitario. Un temblor
de miedo, de remordimiento. El aire
ahuyenta el recuerdo del pasado dolor.
Silencio. Don Benito no sale a la calle
Ya está ciego. Mejor. ¡Mejor!

CANTO SEXTO

FUNCION de gamuza. Aristocracia.
Gente maquillada y sin gracia.
Temerosa lubricidad.
Disimulo católico.
Un silencioso mirar erótico.
Vacidad.
La marquesa. Los duques. La señorita
de tal. Una comedia bonita.
María y Fernando. Lo mejor.
Rumores de pies emocionados,
cortesías en los palcos iluminados
de pedrería insolente. Nobleza. Honor.
Estúpida hermosura de Emperatriz Eugenia.
Elegancia traducida del francés,
como el drama, que es inglés.
Un *pollito* presumido
que se inquieta porque no se alza el telón.
Un discreto taconeo distinguido
de gente que está pensando en alta voz.
Una corona diamantina sobre la oquedad de una testa.
Un alfiler en una corbata intelectual,

un collar de zafiros del siglo diez y siete,
un zapato imperial.
Oraciones de Paquín, jaculatorias de Whort,
gente de frac, gente... de frac.
Un smoking rezagado, una camisa brillante,
deslumbrante
como el discurso de un español.
Unos impertinentes de abolengo
—óptico orgullo— y Puerta del Sol,
otra vez Puerta del Sol, *dentro*,
con la misma hueca aglomeración...
Un telón de damasco,
corona de grandeza y un cordero suspendido.
(El cordero suspendido es la plebe nacional).
Simbolismo. (El cordero). Tono rosa
madurando un *sacre coeur*. Raza *mal*.
Un amante. Cien amantes...
¡Sacristía
con mejunjes de *boudoir!*

Salgo. Lluve.
El camino de la plebe
es enorme. No se puede cruzar.
Los hermanos del cordero suspendido
van al cine dislocados. Un motín
peliculero bajo el agua.
Muchedumbre febril...
¡Corte de la milagrería,
corazón adórbale, gentil
ciudad de la alegría espeluznante
y la frivolidad importantel...
¡¡Madrid!!

ALEGRIA

RAMON Gómez de la Serna
está alegre en Pombo. Está alegre
porque toda la gente más triste le acompaña
con un grotesco sombrero de copa ideal.
Los amigos de Pombo quieren ser ilustres.
Son los que son ilustres sin serlo jamás.
Todos son de España y a veces parecen
de ciudades raras que tienen cierta universalidad.
Ramón es el gran alegre. Tiene la alegría
fastuosa de su originalidad...
El mismo es un capricho suyo,
un formidable capricho genial...
Pombo se ha ocultado para que lo dejen
recordar su dulce antigüedad.
Pombo es un chocolate viejo,
un chocolate que no se acaba de probar,
y que está en una mesa solitaria
esperando al parroquiano usual.
Pombo tiene una gracia de Campoamor anciano,
y una luz honesta de mediocridad.
Ramón lo ha llenado de alegría.

Pombo tolera alegre la travesura de esta amistad.
Porque Ramón es el nieto precoz,
el nieto de la gracia, la esperanza familiar.
Ramón habla tan alto
que nadie puede hablar.
Pero un ciego escucha la voz de Ramón
y ve la voz y se ilumina su oscuridad.
(Este ciego es una huella en mi vida.
El nunca supo que estuvo al lado de mi simplicidad.
Yo rondé silencioso las pupilas taciturnas
y le traje un silencio de ciego a mi mar...)
¡Alegría! Ramón sostiene la alegría
para los demás.
Ellos son las cosas mudas
que Ramón anima con el hierro de su voluntad...
¡Alegría distinta, de ser fuerte,
de poder desnudamente pensar,
de pensar siempre, y tener pensamiento
para el camino de la eternidad!...

.....

*El poema se trunca. Da la una
en un reloj oficial.
Pombo se desvanece como el día
entre las calles de la ciudad.
El poeta recibe un telegrama
como cualquier afamado industrial.
Un telegrama de comerciante,
que es este su oficio habitual.*

*El poeta recibe un telegrama
del hombre que le envía el capital.
El dinero se acaba y no es prudente
dejarlo del todo acabar.
Por tan imperiosa razón crematística
queda el poema sin terminar.*

España.—Núm. 289 - 13 Noviembre, 1920.

EPILOGO

RAFAEL ROMERO
(ALONSO QUESADA)

AL lado de un muerto se habla muy despacio, dentro del silencio que se quedó en la casa como una niebla, la niebla de su vida ya tan remota, y está parada delante de él.

Si alguien viene gritando, nos volvemos a mirar, y aguardamos que pase para seguir en nuestra quietud junto a la inmovilidad tan rígida.

¿Quién nos pide que bajemos la voz, que no hagamos ruido? Un índice que nos parece de su mano se fija en nuestra boca apretada. Se siente muy profundo el pulso del tiempo.

Siempre que muere alguien que tuvo un acento suyo, por lejos que sonase, siempre lo decimos y hasta lo pregonamos; y cuando murió Rafael Romero, no. El silencio estremecido del mar se anilló al silencio de su muerte.

Siempre se publican elogios con orlas. Los leemos, los repetimos, los gritamos a los otros. Y, entonces, no. Abrí un telegrama; y leí con los labios cerrados: «Rafael ha muerto». Luego,

el nombre de su mujer. Yo no dije nada. Los demás que estaban mirándome, también callaron.

Pero, él sí que dijo muchas veces que se iba a morir.

En seguida se nos aparecieron los presentimientos que debimos tener, y no tuvimos.

Nos avisaba de su fugacidad, y no le creíamos, quitándole, apartándole a él para quedarnos únicamente con el temblor desnudo de su lírica.

Un día llegó a escribir:

*Has de ser tú, Amada Muerte, aquella...
la que ha de darme toda
la mar para la sed del ánima.
Y no ha de ser la otra
que yo más quise, mi salud lejana...*

Ni aún entonces creíamos en la promesa de su verdad. Pero, ¿es que él la creía y la aceptaba? ¿No comete el artista un entrañable repudio objetivando lo que le posee y desespera, creándolo con la forma, haciéndolo realidad desincorporada de su vida? Escribió LA UMBRÍA, la tragedia de la familia que lleva la maldición en sus pulmones y en las piedras y en las vigas y en los árboles y en el pan de su casa. Volcó el espanto de su sangre en las criaturas cuajadas con sus manos. Y había de persuadirse que, desincorporándose su mal, creaba un semejante.

Cuando se viera a sí mismo en sí mismo principiaría el dolor de hombre que no puede valerle ni de su arte. Realidad estricta, sin distancias donde proyectarse; el artista trocado en asunto concreto. Bajo sus ojos nada más que él.

Por las preciosas páginas que Don Miguel de Unamuno escribió para el libro inicial de Alonso Quesada, se desliza la

figura de Manuel Macías Casanova, un amigo de Rafael Romero, que muere calcinado por un cable de la alta tensión.

En ese libro pasa EL COLOQUIO EN LAS SOMBRAS; el viejo sillón vacío era el del amigo muerto, y Don Alonso sueña con torceduras en el seso y prorrumpe: ¡Ah, el azul del amor!

En ese libro está EL ÚLTIMO DOLOR, cuando los ojos clarísimos de la madre dejan partir la luz, sin detenerla; pero el hijo se queda con el sendero delante que todavía ha de caminar desde el principio...

Y en ese libro el POETA LLAMA A LA MUERTE, ¡jamada, la eternal..; pero tiene el monte a sus pies, una estrella y un signo en su mano y el rojo sol encima. Allí le sobra al día oro sin bilar y le dicen al oído, con todo el corazón, que está viviendo; y desde allí se pone atirantado, en la orilla de la isla, y el velero no se aparta jamás del horizonte.

Un aire fino mueve el copo del lino de los sueños. Frescor de la misma blancura todavía con oloroso tacto vegetal; blancura que se desdobra en la mañana tan inmensa y toda embebida del lino nuevo. Primorosa felicidad —su demasiado bienestar de la vida— guardada en las cápsulas maduras de la planta; y cae de las bayas la simiente de la sonrisa rebotando en el frío de los rótulos de la banca inglesa colonial. Gracia y limpidez en la severidad anglicana de escritorio y capilla. Zumba de buen sonido español en atmósfera británica. No lastimará al gerente ni al tenedor de libros ni a la razón social que tiene casa en una isla de fruta y de sol y con un poeta dentro.

Los pliegues de lino envuelven una inglesita muerta. Virgen. Blanca. Leve. Nada. Uua hoja de rosa en el azul de un verano eterno.

Está muy lejos la muerte de Alonso Quesada.

¿Y después?

Su obstinación es la vida. El silencio encendido y el grito ávido en su soledad y en su hallazgo.

¿Qué hay detrás de la mar para que tienda sus brazos con el ímpetu de un brinco de orilla a orilla? Detrás, el que le llama para que salte es él; él sin la isla. Y Rafael Romero es Alonso Quesada por la isla.

Tomás Morales y Alonso Quesada —ya se juntaron los dos en la orilla eterna— se deben opuestamente a la roca que pisan, a las aguas de sal que les rodean. Las magníficas lumbreras, los filos de la geología requemada, las lenguas de distancias, las muchas rutas de los horizontes trasatlánticos, las lonas binchadas de los veleros, las antenas radiotelegráficas, tránsito de gentes con sus delicias y pobreza por los muelles insulares, les dieron el tono y el sabor y la medida de su arte.

Alonso Quesada es prosista cabal en sus cuentos, construyéndolos y contándolos. Sus muros son firmes, y no dejan transparentar la otra técnica del vecino, más enfadosa si el vecino es poeta y el poeta es él mismo.

Su obstinación es vivir. Vivir espacialmente. Verse a lo lejos. «Es que era el espacio —Y no sabía serlo». Pronto él, en su plenitud, atravesándolo porque había de cerrarse con celeridad su órbita espacial y breve.

Y se sumergió en el silencio tan grande y en el silencio de todos, como una lámpara en las aguas de círculos salobres, incesantes.

...Pasado el año de su muerte tan callada, se publican, por generosa voluntad de «ATENEA», las Obras Completas de Romero. La muerte ha completado el camino casi recién abierto. Obras completas que significan aquí que ya no lo serán. Se quedó tendida su mano a lo largo de todas las que no pudo escribir. —Estaba deseando acabar de decirlo para añadir encima lo contrario; pero tendrá más exactitud ponerlo al lado: los libros que nos dejó son cabales; todo él en ellos: rebeldías, infantilidades y torceduras; casa y soledad; acometida de crispado ademán y en-

cogimiento de hombros, con los puños en los bolsillos, sonriendo a los luceros y a las piedras...

¡Si hubiese vivido más! Pero, diciéndolo, ¿no pretendemos disculparnos de haber pasado distraídos junto a su portal entornado?

GABRIEL MIRO

INDICE

	PAGS.
<i>Poema autógrafo de Alonso Quesada</i>	9
<i>Nota de los editores</i>	II
<i>Prólogo</i>	15

I

EL LINO DE LOS SUEÑOS

<i>La oración de todos los días</i>	27
---	----

LAS TRES ORACIONES

<i>Oración matinal.</i>	33
<i>Oración vespéral</i>	36
<i>Oración de media noche</i>	38

SITUACIONES LIRICAS

(Las horas, los momentos, los recuerdos)

<i>Ericka</i>	43
<i>Un recuerdo infantil.</i>	45

	PAGS.
Sirio	47
Canción solitaria	49
En las rocas de las Nieves.	50
A Luis Millares.	51
Mañana de carnaval	53
A la hora del Angelus	55
Elegía al canario	56
Canto a Jesús de Nazareth.	57
La luna está sobre el mar	59
En la amplitud de la noche	60
Sol de Mayo	61
Una voz piadosa	64
Despedida serena	65
El poeta llama a la muerte	66

UNA HISTORIA DE AYER, HOY Y MAÑANA

(Poema vulgar en tres cantos)

Canto I (Hace tres años)	71
Canto II (Hoy)	72
Canto III (Mañana)	74

COLOQUIO EN LAS SOMBRAS

Antes de empezar el coloquio	77
In memoriam. Manuel Macías Casanova	79

EL ULTIMO DOLOR

30 de Junio de 1913.	89
------------------------------	----

LOS INGLESES DE LA COLONIA

El domingo	93
Un tenedor de libros	95
El balance	97
El sábado	100

NEW-YEAR HAPPY CHRISTMAS

Un concierto en la colonia.	105
Miss Ford	107
Un británico	109
Es inevitable	111

LOS POEMAS ARIDOS

A Don Miguel de Unamuno	117
La mañana de los Magos	119
Alabanza de lo cotidiano	122
La eterna sombra	124
Tierras de Gran Canaria	126
Seis años después	129
Dentro de un siglo, amigos	131
Has de resignarte al fin	132
Una inglesita ha muerto	133
Vuelve a ver a su amigo el mar	135

FINAL

Y, sin embargo, sé que esta mi vida.	139
--	-----

APENDICE
A EL LINO DE LOS SUEÑOS

VERSOS DE LA PRIMERA MOCEDAD

Todo termina	145
Canción amorosa	146
La jaula abierta	148
Madrigal misterioso	149
A María.	151
Hablándole del corazón a su amada	152

LOS ROMANCES ORALES

El zagal de gallardía.	155
Lucía	158
Coloquio en la sierra	160
Dorotea	164
El rosal encantado	166

II

LOS CAMINOS DISPERSOS

CAMINOS DE PAZ DEL RECUERDO

I	Amanecer de Octubre	175
II	El viejo mayordomo.	177

	PAGS.
III María acaba de llegar	180
IV Tu voz soltera ha sonado.	183
V El capitán inglés	185
VI Mi gran amigo el asno	187
VII Mi memoria se pierde más lejos	190
VIII ¿Quién eres tú, mujer?	194
IX ¿Otra mujer?	195
X Por un momento un nuevo amor	196
XI Y ya seguía la ruta.	198
XII No han sabido.	199
XIII Grito de mi cabeza	200

DOLOROSOS CAMINOS

I Sombra ebria	203
II Hasta la orilla nada más	205
III Es la hora profunda y verdadera	206
IV ¿Cuál ha de ser?	207
V ¿Para qué el alma?	208
VI De pronto sentí un hastío infinito	209
VII Este niño está solo en el camino	211
VIII Un jesuita pasa por mi lado	212
IX ¡Ah, esa esquina terrible!	215
X ¡Oh, el cielo baja!	218
XI El sol aparece	219
XII Lluve	220
XIII ¡Silencio!	223

INTERMEDIO ELEGÍACO

(Tomás Morales, Poeta)

Siempre	227
-------------------	-----

CAMINOS SILENCIOSOS

Este lugar de la historia	233
I Esta mañana tiene	235
II Otro día	237
III ¡Soledad!	238
IV ¡Huir!	239
V Noche de Cádiz	240
VI Todo se agolpa en la existencia mía	241

CAMINOS DEL MAR

I Mar doloroso	245
II En las orillas de esta playa negra	247

CAMINOS DE AYER

I ¡Qué mal está eso de la eternidad!	253
II En el sendero está la misma piedra	255
III Blanca sombra de la madrugada.	256
IV Mi ciudad diferente	258
V Alguna vez, el viejo dolor mío	259
VI Hay una laguna de paz	260
VII El hogar laborado	261

*ALIVIO DEL ALMA**(Final de los caminos)*

I Otra vez el amor	265
II Y al fin llegaste con amor distinto	267

APENDICE
A LOS CAMINOS DISPERSOS

Retrato imaginado del hombre	273
Cielo de Londres	275
¿Mi dolor es inactual?	277
La muerte española	279
Telón y una lira en el centro	282
Ciudad del mar	284
Esta mujer dorada	286
Ahora, un hombre embalsamado.	287
Jerez	288

III
OTROS POEMAS

Amigos mercaderes	293
We Won	295
Ana María.	297
Versos a la esposa	298

POEMA TRUNCADO DE MADRID
(Pamflete)

Prólogo	301
Canto primero	307

	PAGS.
Canto segundo	311
Oasis	314
Canto tercero	317
Canto cuarto	321
Refugio	325
Canto quinto	328
Canto sexto	331
Alegría	333
<i>Epilogo</i>	337
<i>Indice.</i>	345

**ESTA PRIMERA EDICION DE «POESIA» DE ALONSO QUESADA,
TOMO PRIMERO DE SUS «OBRAS COMPLETAS»,
VOLUMEN 10 DE LA COLECCION TAGORO,
ACABOSE DE IMPRIMIR EN LA
TIPOGRAFIA LEZCANO,
EL DIA VEINTICINCO DE MARZO
DE MIL NOVECIENTOS
SESENTÀ Y CINCO**



HA PUBLICADO:

- I Saulo Torón: *Frente al muro.*
- II Antonio Murciano: *Nuevo cuaderno de Navidad.*
- III Fernando Ramírez: *Mar que yace.*
- IV Mario Angel Marrodán: *Textos líricos*
- V Agustín Millares: *Nuevas escrituras.*
- VI Pedro Lezcano: *El pescador.*
- VII Lázaro Santana: *Noticia de un amor.*
- VIII Pino Ojeda: *La piedra sobre la colina.*
- IX Chona Madera: *La voz que me desvela.*
- X Alonso Quesada: *Poesía.*

EN PRENSA:

Encuentro con Alonso: Número homenaje de los poetas canarios
en el 40 aniversario de la muerte de Alonso Quesada.

Juan Marrero Bosch: *Juanito Torres, mantenedor y solitario
en sueños.*

Ramón de Garciasol: *Herido ver.*

ALGO
QUE



OP
COM

PO



TA